

La Ilustración Artística

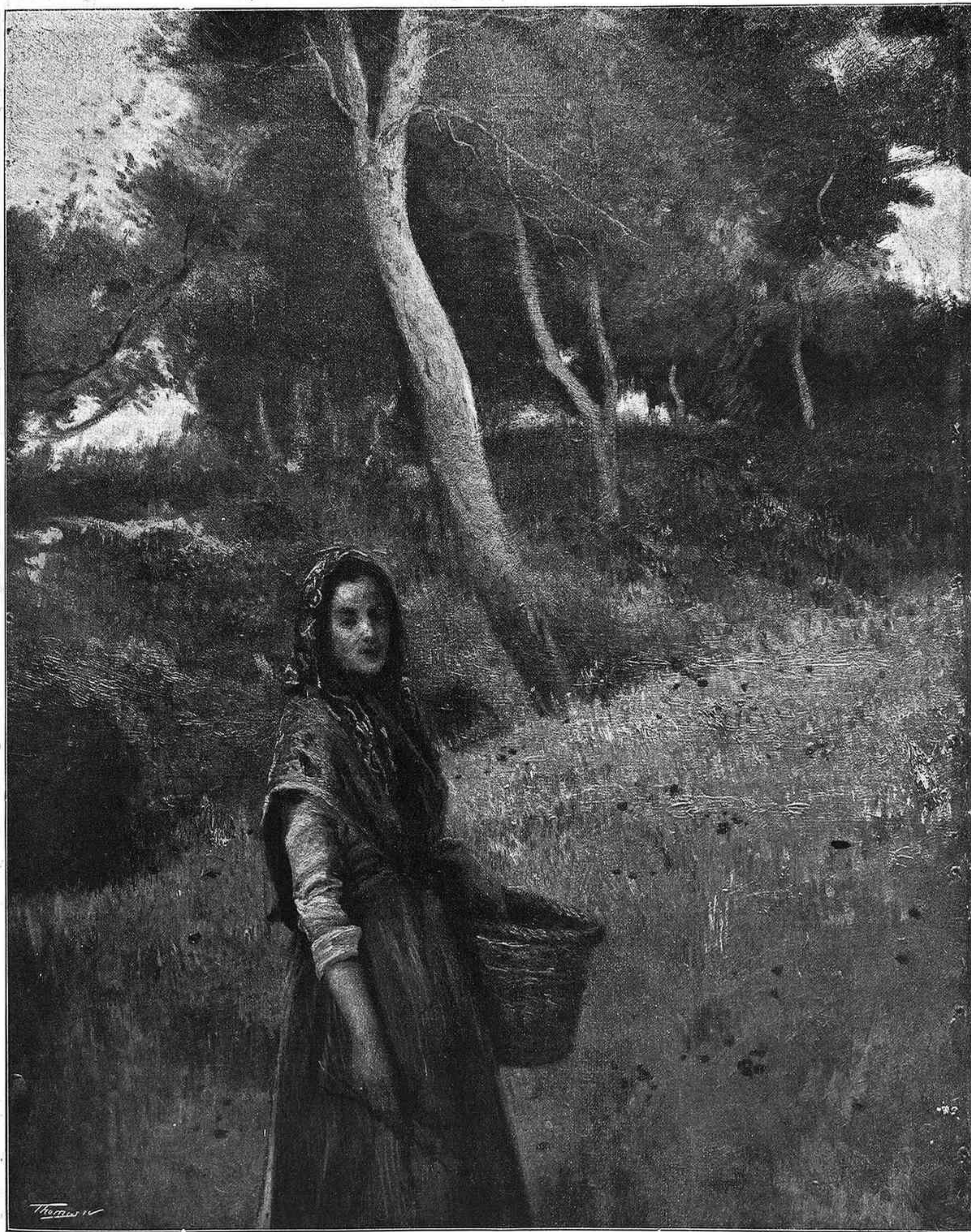


Año XXI

BARCELONA 19 DE MAYO DE 1902

Núm. 1.064

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EN EL BOSQUE, cuadro de Eliseo Meifren

(Exposición del Círculo Artístico de Barcelona)

SUMARIO

Texto.— *Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide.— *En campo enemigo*, por Luis Ruiz y Contreras.— *Con permiso...*, por A. Sánchez Pérez.— *Nupcias en la nieve*, por Francisco de la Escalera.— *Mme. Loubet*, por León Bonet.— *El sufragio universal en Suiza*, por X.— *Nuestros grabados.*— *Miscelánea.*— *La dote de Pascualina*, novela ilustrada (continuación).— *El Dr. Barton y su barco aéreo*, por X.— *Botánica y creencias*, por Enrique Coupín.

Grabados.— *En el bosque*, cuadro de Eliseo Meifrén.— Dibujo de Pedrero que ilustra el artículo *En campo enemigo*.— *Monumento a Bolognesi*, boceto de Agustín Querol.— *Plancha en relieve regalada al Excmo. Sr. D. Juan de Morales y Serrano*, obra de Agustín Querol.— *Mme. Loubet*, retrato pintado por Juan Patricot.— *Mme. Loubet visitando las Obras de Caridad.*— *El sufragio universal en Suiza.*— *Lands-gemeinde de Glaris.*— *La playa de Cadaqués*, cuadro de Eliseo Meifrén.— *Un concierto de la Filarmónica en Berlín*, dibujo del natural de E. Cucuel.— *Monumento a la memoria de Isabel de Austria-Hungría.*— *El Dr. Barton.*— *Modelo del barco aéreo del Dr. Barton.*— *Bestias de carga*, cuadro de Andrés Solá Vidal.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

El equilibrio de razas.— Las razas latina y anglo-sajona en América y en el mundo.— La inmigración y la colonización en la América española.— Méjico, Uruguay, República Argentina.— La República cubana: el elemento español en Cuba: la fiebre amarilla.— ¿Quiénes son los americanos?

Diez años hace, en 1892, el autor de estas *Revisitas*, en la Memoria que leyó como secretario general del Congreso Geográfico hispano americano, hacía notar que al sistema del equilibrio político entre las grandes potencias, clave de la Historia en los tiempos modernos, tendía a substituir el del equilibrio de razas.

Para el progreso y bienestar del género humano — escribe ahora Leroy Beaulieu — es un peligro la preponderancia de cualquiera de los grupos que forman la humanidad. A todo trance hay que establecer y conservar el equilibrio de razas en el mundo, y la reserva más poderosa para conseguirlo está en la América latina. «Es preciso, dice el ilustre publicista francés, que ésta continúe siendo latina, que conserve su tradición, su lengua, sus grandes concepciones, impregnándose a la vez del progreso, poblándose, desarrollándose y alcanzando de día en día mayor prosperidad. Sólo mediante la América latina las viejas razas del Occidente de Europa podrán seguir siendo uno de los factores importantes de la civilización humana, y mantener, por tanto, en ella la variedad de cultura y de aspecto sin la cual esa civilización caería en verdadera decadencia. Toda pérdida que sufra la América latina lo será también para la civilización del mundo.»

Hoy por hoy, los rivales de la raza latina y de todas las razas son los anglo-europeos y los anglo-americanos, es decir, los anglo-sajones de Europa y la raza mestiza del Norte de América que habla inglés. Unos y otros dominan fácilmente a razas o pueblos inferiores; frente a los demás necesitan, para imponerse, hacer esfuerzo extraordinario con relación al fin. Esclavizan ó exterminan a indios y africanos; pero sufren derrota tras derrota en campaña contra los boers.

La experiencia les enseña que la guerra contra pueblos que pueden y quieren defenderse es peligrosa y cuesta muchos millones, aun tratándose, no ya de boers, sino de tagalos; por esto afirma Leroy Beaulieu que «la invasión de la América latina por la América anglo sajona no podría efectuarse por medio de la conquista brutal.» No teme, pues, la invasión armada; pero sí la infiltración de capitales y de emigrantes de la América del Norte en la América española. Para evitarlo, recomienda a las Repúblicas de origen latino «orden y buen gobierno en el interior, paz entre todas ellas y estrechas relaciones económicas y financieras con Europa, de la que nada tienen que temer.»

No hay que desatender, ciertamente, tan juiciosas recomendaciones; pero opinamos que tampoco es probable esa invasión de emigrantes anglos desde la América septentrional a territorios de la América latina. No llega a nueve habitantes por kilómetro cuadrado la población de los Estados Unidos del Norte, ni a cinco por kilómetro cuadrado si tomamos en cuenta además la extensión y población del dominio inglés del Canadá; tienen aún, pues, ancho campo para espaciarse. La emigración de la América del Norte hacia la del Sur señalará, cuando acontezca, la decadencia política y económica de la gran República y la consiguiente dispersión de sus pobladores. En tales condiciones, será inmigración aceptable y conveniente; los veinte millones de kilómetros cuadrados que constituyen el patrimonio de la raza latina en América necesitan poblarse y colonizarse.

En todo caso, ahora y después, vaya de donde fuere, la inmigración es la suprema necesidad de las Repúblicas hispano-americanas. Y si los inmigrantes

aportan capitales, tanto mejor. No caerán sobre tierras vírgenes habitadas por gentes salvajes ó bárbaras; encontrarán raza vigorosa dominante y pueblos organizados a cuyas leyes, idioma y costumbres habrán de someterse. Emigrantes y capitales se infiltrarán en la América latina, como el agua se filtra en la tierra, para aumentar su fuerza productiva. Y tráigase el agua de donde quiera, las plantas son siempre las propias del terreno y del clima.

Méjico, Uruguay, la República Argentina nos demuestran prácticamente el inmenso valor que tienen la inmigración y colonización como medios de progreso material y moral. A medida que aumenta la población, y se fomentan cultivos é industrias, y se desarrollan el trabajo y la riqueza, y se crean, en suma, intereses económicos, el orden se impone en la vida social y son menos frecuentes los disturbios políticos y movimientos revolucionarios. Por ley natural, el orden y la paz interior favorecen y estimulan el más rápido progreso de aquellos intereses.

Vastas haciendas y ricos distritos mineros antes abandonados se trabajan hoy en Méjico con gran actividad y acierto; numerosos colonos del Japón y de otros países se dedican al cultivo del hule y a las labores de los ingenios de azúcar; labradores del Idaho y otros Estados occidentales de la Unión norteamericana piden concesiones de tierras en Estados mejicanos; se van aprovechando las corrientes y los saltos de los ríos como fuerza motriz; se construyen y proyectan nuevas vías férreas, y capitalistas de Europa y de América forman sindicatos y compañías para explotar las múltiples riquezas naturales de aquel país, que no figura, sin embargo, hasta hoy, entre los preferidos por los emigrantes europeos.

En el Uruguay, una de las regiones de América más favorecida por la emigración y colonización latinas, la situación económica y financiera mejora de día en día, a la vez que en sus gobiernos y partidos políticos se impone el espíritu de conciliación. País agrícola y ganadero por excelencia, fecundo como pocos y con abundantes aguas, sus cosechas de cereales y los productos de su ganadería van aumentando prodigiosamente. Capitalistas franceses explotan las minas de oro del departamento de Rivera, y han tomado a su cargo las obras del puerto de Montevideo, magna empresa en que se invertirán unos 65 millones de francos.

La República Argentina, que ha sabido llevar a sus extensas tierras más de un millón de colonos extranjeros, italianos y españoles la mayor parte, ha desarrollado en poco tiempo importante riqueza en cultivos y en ganado, y normaliza su vida política. Si sus presupuestos están aún desequilibrados, débese a los enormes gastos que ha hecho y hace en previsión de conflicto bélico con Chile. El mensaje leído hace pocos días ante el Congreso por el presidente Roca refleja gran optimismo. La cuestión de fronteras con aquella República está en camino de arreglarse amistosamente, y se confirman, pues, anteriores noticias según las cuales el comisario inglés Sir Holdich, que ha tomado datos sobre el propio terreno objeto de la disputa, se proponía regresar a Inglaterra en julio y activar los trabajos del tribunal de arbitraje para que no terminase el año sin haber dictado sentencia. Por otra parte, personalidades de gran prestigio en Chile y la Argentina abogan en favor de un desarme general en ambas Repúblicas. Muy de desear es que así suceda y puedan realizarse las esperanzas de Roca, fundadas en el buen cariz que toma la situación económica; las rentas públicas van en aumento, la deuda interior y exterior se reduce, y prosiguen en auge los trabajos de colonización y las transacciones comerciales.

También los argentinos procuran crear puertos ó mejorar los actuales, y uno de los problemas cuya solución estudia su gobierno con mayor empeño es el establecimiento de fácil y cómoda comunicación fluvial entre los puertos del interior, la capital federal y el Atlántico. Según el ingeniero Foster, la resolución del problema depende principalmente del mejoramiento y corrección de los grandes ríos Paraná y Uruguay y, sobre todo, del Río de la Plata, cuyo estudio presenta doble interés, porque al científico que tiene el de uno de los estuarios más extensos del mundo, está unido el económico del desarrollo comercial y el engrandecimiento de las provincias argentinas. Mediante la rectificación del curso de los ríos y otras obras y correcciones propuestas, podrá llegar a ser fácil, segura y económica la navegación de los buques de Ultramar que van a Buenos Aires ó pasan a los puertos del Paraná; se facilitará la navegación fluvial, acortando lo más posible la ruta entre Buenos Aires y el interior del país; se mejorará, por último, el acceso al puerto de Buenos Aires.

Otro puerto que atrae la atención del gobierno argentino es el marítimo de San Blas, en el que no ha mucho estuvo el Presidente, y que tiene, por su situación y circunstancias especiales, excelentes condiciones para hacer de él un puerto militar y mercante de primer orden. Cierra y defiende el puerto, con otras islas, la llamada Gama ó Gamo, donde se dice que hay un tesoro, de 300.000 onzas de oro nada menos, que allí ocultó, hacia 1591, el famoso pirata inglés Tomás Cavendish. Según la tradición, tres pilares de ladrillo señalan el camino que conduce al tesoro. Se han encontrado dos de ellos; pero falta dar con el tercero, precisamente el de más importancia, pues es probable que bajo ese tercer pilar se encuentren las codiciadas onzas, que han buscado en vano aventureros procedentes del Norte de América, de Inglaterra y aun de Australia.

Ya se halla en tierra cubana el nuevo jefe del Estado. El 14 de abril publicó la *Gaceta*, en número extraordinario, la Constitución de la República y una orden del general Wood mandando disolver la Convención Constituyente, en suspenso ya desde 3 de octubre de 1901, y convocando para el 5 del corriente mayo el Congreso cubano. El día 20 se inaugurará el gobierno de la República de Cuba bajo la presidencia de Estrada Palma. Las defensas marítimas de la isla seguirán en poder de los Estados Unidos, y parece que además conservarán éstos algunas fuerzas en el interior hasta tanto que el gobierno haya organizado un buen sistema de impuestos. Dícese que Wood continuará por ahora en la isla, á modo de tutor de la joven República.

Los primeros actos y discursos de Estrada Palma confirman los propósitos que anunció desde los Estados Unidos. Acepta con regocijo solemnes festejos y banquetes que le ofrecen los españoles en Santiago, en Cienfuegos y en otras poblaciones, y en ellos proclama como una de las bases principales de su política la unión y armonía entre los elementos español y cubano. Aquél es, según Estrada, «factor indispensable para la felicidad de la República.» Bien avenidos unos y otros, Cuba podrá llegar a ser un país próspero, sin discordias interiores que den pretexto á los yanquis para intentar la conquista ó anexión de la isla.

Acaso, con la mira de atraerse, por gratitud ó conveniencia, amigos y partidarios que en su día pudieran secundar las aspiraciones de aquéllos, Wood ha lanzado un decreto por virtud del cual se declara inamovibles á los funcionarios que actualmente desempeñan cargos de la autoridad judicial ó fiscal. Tal decreto, dictado un mes antes de constituirse el gobierno independiente, ha producido pésimo efecto en los cubanos; lo consideran inoportuno, y es voz general en el país que la República de Cuba no queda obligada á admitir los nombramientos hechos por el interventor militar extranjero.

En cambio, algo bueno deja esa intervención que, seguramente, respetará el nuevo gobierno. Nos referimos á los trabajos de saneamiento que ha realizado y á los cuales se debe la disminución de mortalidad. El Departamento de Sanidad cree que la terrible fiebre amarilla está vencida. No conviene, sin embargo, confiar demasiado; en los últimos tres años las aguas han sido relativamente escasas, y las circunstancias sanitarias pudieran cambiar cuando sobrevengan lluvias abundantes. Tratando de este asunto, escribe el *Diario de la Marina*: «Hay que vivir prevenidos, no sea el diablo que ahora que los americanos nos entregan la Sanidad, si le da la gana al vómito de decir «¡aquí estoy!» viendo reaparecer sus efectos con la misma fuerza que antes, digan ellos, lavándose las manos y atribuyendo á su arte lo que no fué más que un fenómeno natural: «¿Lo ven ustedes? Apenas dejamos nosotros de perseguirla, vuelvela epidemia... ¡Si es sabido! Cuba no puede ser feliz sin los americanos.»

¿Los americanos? Pase que entre ellos, entre los yanquis, y aun aquí en Europa se acepte la denominación de *americanos* para ciudadanos de una República americana que carecen de nombre gentilicio, y que por no tenerlo, se apropian el del Continente en que viven. Pero un *americano* de Méjico, de Cuba, de Venezuela, etc., no debe sancionar con el uso esa especie de privilegio. Verdad es que no hay nombre que exprese la gente, nación ó patria á que aquéllos pertenecen; mas adóptese cualquier otro que no sea el de americano. Aunque norteamericano, anglo-americano y yanqui no son denominaciones rigurosamente propias, por lo menos señalan con alguna mayor precisión la especie de hombres de que se trata.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



EN CAMPO ENEMIGO

I

El marqués de Olaguibel toleraba muy á disgusto las relaciones amorosas de su nieta Mercedes con Simón Juncales; pero cuando al iniciarse la guerra carlista, supo que Simón figuraba en el ejército del pretendiente, su antipatía se convirtió en odio profundo; y llamando á Mercedes, le dijo con toda la solemnidad que sus canas y su carácter daban á sus resoluciones:

— Hija mía: no tienes más amparo que yo en el mundo, ni yo tengo más consuelo que tú; por ti sería capaz de todo: he aguantado á Simón, comprendiendo que le querías. Hasta hoy, era sólo un calavera de mal género; desde hoy, es un bandido, y mejor te vería muerta que mujer de tal hombre. Mira lo que decides; ya sabes que sólo tengo una voluntad y una palabra.

Mercedes conocía bien á su abuelo: no le replicó. La torpeza de Juncales había puesto fin á sus amores; ella le amaba mucho, pero no tardaría en olvidarle, porque todo lo subyugaba, como su abuelo, á una poderosa voluntad.

Dos años después, Mercedes Olaguibel se casaba con el coronel Briones, y el marqués moría en sus brazos al salir de la iglesia. Noche triste, que amargó el saludo cariñoso del marido, con la despedida cruel del abuelo.

Destinado Briones á mandar una columna, Mercedes fijó su residencia en las Caldas, para vivir en sitio próximo al campamento. Los carlistas no habían penetrado nunca en aquel villorio, y el coronel pasaba por allí con frecuencia, ya porque las circunstancias lo exigiesen, ya porque tomara pretexto en cualquier avance del enemigo para ver á su esposa.

Precisamente, su caserón de las Caldas había sido para ella refugio de su niñez, y guardaba muchos recuerdos. Allí murió su madre, allí había conocido á Simón...

Ya no se acordaba del cabecilla. En verdad, hubiera sido una locura casarse con él. Cuanta diferencia entre Simón Juncales, pendenciero, mentiroso, gozándose con atormentar á todo el mundo, y Briones, ordenancista, caritativo y bravo, eso sí, pero sin emplear su bravura en audacias caprichosas.

Y, en el fondo, aquella comparación era injusta. Mercedes había conocido á Juncales en su niñez, y á Briones, cuando los años comenzaban á ensanchar su frente, arrancándole pelo á pelo su rubia cabellera. ¡Quién sabe las travesuras que haría Briones de muchacho! Tal vez para nadie tuvo el respeto de Simón á Mercedes. Porque Simón sería un indisciplinado con todos; pero para ella fué dócil y obediente.

¡Pobre Simón! Acaso lo juzgaban con dureza los que le conocían desde niño. Los hombres adquieren otras costumbres, una idea más clara de la dignidad. El pobre abuelo tuvo más presentes las travesuras del niño que los entusiasmos del hombre. Se hizo carlista... ¡Bah! ¿No habría también con los carlistas muchas gentes honradas? ¡Maldita guerra, que hace

— Escóndete, repuso Mercedes, con suma entereza

cruales á los hombres! Y éstos no hallan otro modo más humano de resolver sus conflictos.

Una silenciosa noche de otoño... Mercedes aguardaba, como de costumbre, sumida en sus preocupaciones, que la casualidad ofreciera sucesos agradables; cuando en la terraza, muy cerca, oyó pronunciar su nombre.

Quedóse indecisa un instante. «¡Mercedes! ¡Mercedes!» repetía el de afuera con angustia. «Mercedes... Abre por caridad tu puerta... Mañana he de morir...»

Le había conocido. ¡Qué á deshora le arrojaba el cielo á buscar un refugio en la triste soledad campesina!

Morir mañana... Mercedes abrió la puerta y Juncales dijo al entrar: — ¡Me persiguen! — Escóndete, repuso Mercedes con suma entereza. Y salió á la terraza.

Ni un ruido, ni una luz. Estuvo largo tiempo atenta. Silenciosa y oscura la noche, ni el aire se movía.

Entrando, cerró. — ¿Quién te persigue? — Todos, todos contra mí. La derrota primero; la vergüenza después. He huído...

— ¡Has huído! — No me desprecies, por caridad, no soy cobarde. Estaba resuelto á morir al frente de mi columna; pero tu recuerdo, tu imagen me turbaron... «¡Quiero verla!» No supe resignarme á morir sin verte... ¡Aquí estoy! Desertado, vencido...

— ¡Qué locura! — Dijeras más bien ¡qué desgracia! No son mis locuras las que me hacen daño; son mis desgracias. ¿Por qué no me quisisteis? Yo era bueno, generoso, humilde para ti; hubiera sido para el marqués un esclavo... Mercedes, tú lo sabes: fué vuestra soberbia, no la mía... Todo acabó; mañana he de morir. Fusilado como enemigo; fusilado como desertor. En uno y otro campo la muerte me aguarda.

— ¡La muerte!.. — No la teme. A tu lado ¡soy tan dichoso! Mírame, ¡pobre ángel mío! ¿Cómo ha de asustarme la muerte ahora, si entonces fué cuando me disteis muerte?

La sorpresa, la compasión, todo un mundo soñado, recuerdos y alegrías, los ojos de aquel hombre que la fascinaba; todo, todo contra ella.

II

Al amanecer, Juncales dormía tranquilamente, y ella, sin haber cerrado los ojos, lloraba.

¿Cómo salvarle? ¿Cómo redimirle? ¿Cómo resistir á tanto infortunio?

Sonaron clarines: Juncales despertó; su faz serena y sonriente no revelaba la menor angustia.

— ¿Oyes?, repetía Mercedes horrorizada. — Sí: no hice más que anticiparme algunas horas; á una de caballo. Son los míos.

Mercedes, irguiéndose como una loca, exclamó: — ¿Qué dices? — Que ayer derroté á la columna de Briones; que tu marido está preso, y que vine á engañarte.

Mercedes quedó inmóvil y silenciosa bajo la impresión de aquella horrible sorpresa. Luego dijo con implacable calma:

— Hoy habías de morir. — Hice una comedia para seducirte, seguro de que sólo con engaños podría vencerte. — Hoy habías de morir por traidor... Muere. Y cogiendo el revólver del cabecilla que había quedado sobre la mesa, disparó seis tiros, ansiosa, viendo palpar el cuerpo bañado en sangre...

LUIS RUIZ Y CONTRERAS.

(Dibujo de Pedrero.)

CON PERMISO...

In dubiis, libertas.

«Pero, señor, ¿no es muy triste que lo llamen á uno bruto?»

Así dice, muy juiciosamente por cierto y muy cargado de razón, un personaje del saladísimo sainetero *Ricardo de la Vega*.

Sí, señor, es muy triste que á uno lo llamen bruto ó cualquier otra cosa peor, cuando tiene la desgracia de no coincidir en opiniones con los partidarios de la controversia á denuesto limpio y á insulto seco.

¿No piensas como yo? Pues eres un imbécil; ¿te permites el lujo, reservado á mí exclusivamente, de exponer opiniones propias? Pues hay que aniquilarte por protervo y destruir tu casa y negar el agua y el fuego á tu familia, por peligrosa, y quemar á tus amigos por majaderos ó por malvados.

Y esta es la forma que, para discutir, hemos adoptado como única aceptable en estos albores del siglo xx.

Imagínese, pues, si quien ni sabe ni quiere reñir con nadie se hallará cohibido, cuando sin el propósito soberbio de imponerse al curioso lector, trata de exponer lisa y llanamente su pensamiento.

Yo, por ejemplo, recibo hoy carta de un mi sobrino, hombre algo pusilánime y algo asustadizo, el cual no sabe cómo convencer á su esposa de que no es pecado asistir á representaciones teatrales, á pesar de lo que afirman algunos sacerdotes, entre ellos el confesor de la susodicha señora, la cual tiene (¿cómo no había de tenerlo estando en Santander?) su director espiritual correspondiente. El pobre sobrino me suplica muy encarecidamente que le proporcione argumentos contra esas afirmaciones eclesiásticas. Mi primer impulso al leer esa carta ha sido contestar al pariente que nada puedo hacer en obsequio suyo, y que cuando una persona tiene director espiritual, para algo lo tiene, y no hay sino dejarse dirigir por él y obedecerlo incondicionalmente.

Me ha parecido, no obstante, demasiado dura tal respuesta, y voy á enviarle, por si puede utilizarla, esta observación:

«Que la recreación jocosa es necesaria para la conservación de la vida humana; por tanto, todas las artes y oficios que pudieren ser de provecho para la tal recreación, como el danzar, el tañer y el baylar, son lícitos en la república, y así es lícito el oficio de los comediantes y lícitas sus comedias; por lo que se ordena para sólo dar solaz á los hombres trabajadores es lícito de suyo y no malo.»

Aunque temblando como azogado por los dicte-

rios que de una y de otra parte lloverán sobre mí, continúo mi proyectada contestación al sobrino:

«Cuando hayas leído eso á tu mujer, pienso decirle, replicará ella que esas son doctrinas de algún hereje ó de cualquier periodista de los que ahora organizan pecaminosas manifestaciones anticlericales. Cosas de los impíos modernos, en una palabra; pero á esto debes contestar que esas palabras fueron escritas hace ya muy cerca de *siete siglos*, y que no las escribió ningún periodista, sino el nombrado por todos *Doctor Angélico*, ó sea el sabio y virtuoso *Santo Tomás*. El de Aquino, se entiende; porque hay otro *Santo Tomás*, el apóstol, á quien llamó Narciso Serra

«el santo más cabezudo de la corte celestial.»

y que era partidario de *ver para creer*, el cual es, como se comprende, mucho más antiguo que el otro, y no habló de teatros en su vida; hay que distinguir.

»Otros Santos Tomases hubo; el de Cantorbery, por ejemplo, á quien hizo asesinar el rey de Inglaterra, y el de Villanueva y Variá; pero no tengo para qué hablar de ellos en este caso.

»Suponiendo que opinión tan autorizada como la de Santo Tomás de Aquino fuese ineficaz para llevar el convencimiento al ánimo de tu señora, dile:

«Si por dar ocasión sola de pecado son ilícitos estos artes y oficios y por esta causa se han de quitar; quítense los ferrements domésticos, los cuchillos, los asadores y también se quiten los instrumentos de labrar el campo; la azada, la hoz, el podón y el destal, porque puede suceder que el hombre ó se dé á sí mismo la muerte ó mate á otros con ellos. Y no se planten árboles en la tierra porque no se ahorque de ellos algún desesperado.»

»Y caso de que tan atrevidas conclusiones pareciesen heréticas á tu compañera, adviértele que no son obra de algún descreído volteriano de los que tanto abundan ahora, sino que las escribió hace muy cerca de *mil setecientos años* San Agustín, cuyas obras andan por ahí á disposición de quien quiera consultarlas, principalmente la mejor de todas, una en once tomos en folio, hecha por los Padres Benedictinos de París allá por los años 1579.

»Dile también que en defensa del teatro han escrito muy elocuentemente: Alberto el Magno, San Buenaventura, San Antonino, San Francisco de Sales, San Carlos Borromeo y San Felipe Neri, y agrega que en todos los martirologios figuran cómicos santos como San Ginés, San Dióscoro, San Porfirio, San Ardallón y algunos otros.

»Tampoco será malo enterarla, para que ella se lo recuerde al confesor, de que algunos Sumos Pontífices han defendido con entusiasmo los espectáculos teatrales.

»El Pontífice León X estimó y protegió el teatro, que juzgaba indiferente en lo moral y útil en lo político, siendo instructivo. Hacía ir todos los años á Roma una compañía de cómicos de Sena para oír sus representaciones, que se ejecutaban en la misma habitación del Papa.

»Después el mismo Santo Padre mandó erigir un magnífico teatro; para ello gastó el Tesoro de San Pedro á fin de que fuese dignamente representada una obra dramática del cardenal Bernardino Bibicó. El mismo León X presenció, dando visibles muestras de contentamiento, esa representación.

»Lo cual, dicho sea entre paréntesis, enojó mucho á Lutero, dándole motivo para extremar sus censuras al Papado y sus anatemas contra los espectáculos teatrales.

»Aunque el Papa León X solamente ocupó ocho años la Sede Pontificia, y aunque es un hecho que fué cardenal á los trece años por obra y gracia del Papa Inocente VIII, que distinguió mucho á Juan de Médicis (después León X), el cual llegó á ser cabeza visible de la Iglesia á los treinta y ocho años de edad, no creo que estas circunstancias basten para que el confesor de tu mujer niegue autoridad á ese Papa, colocándose resueltamente al lado de Lutero, cuya abominable herejía nació en la enemistad á ese Santo Padre.

»Es posible que el director espiritual de tu caridad no se dé á partido, y que, en contra de esas opiniones de Santos y de Papas, presente otras opiniones de Papas y de Santos.

»Bueno. Pues eso demostrará que en el asunto no están de acuerdo los encargados de guiarnos; que el punto resulta, por lo mismo, dudoso, y que

por lo tanto puede hacer cada uno lo que le parezca conveniente.»

Y conste que, á mi juicio (aunque esto no voy á decirselo á mi sobrino), cuando se tiene y se acepta director espiritual, lo mejor es dejarse dirigir incon-



MONUMENTO Á BOLOGNESI QUE SE HA DE ERIGIR EN LIMA
Boceto de Agustín Querol que ha obtenido en concurso el primer premio

dicionalmente por él; y para no hacerlo así, es preferible no tenerlo. Como en caso de enfermedad, si no se han de seguir, sin discutir las, las prescripciones del médico, lo más lógico y lo más conveniente es no llamarlo.

Todo esto, por de contado, si ustedes no lo han por enojo y si no han de llamarme cosas feas; pues en este supuesto, nada hay de lo dicho. He dicho.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

NUPCIAS EN LA NIEVE

Enriquillo lo había pensado ya profundamente. No había más que hablar: á casarse; así como así, comenzaba á experimentar una hartura de goces tan completa, que le hacía sufrir. El *champagne* no le proporcionaba nada más que borracheras tristes; el juego le aburría; el *sport* le daba pena; la carne bella, asco; las orgías eran para él algo así como danzas macabras, puesto que las columbraba á través del cristal esmerilado del esplín; la política le mareaba; la literatura ocasionábale sopor; los viajes le magullaban el cuerpo; las impresiones de la vida mundanal le desencantaban por completo; ¡es claro, había corrido de tal modo, que se le desbocó la juventud!

«Y nada más justo que sentar la cabeza, se decía; pues qué, ¿acaso no queda para mí un mundo oculto? ¡Ya lo creo! Y que debe ser encantador de veras... Las delicias del tálamo, los amores honestos, el poema del hogar...»

Y así pensando, y poniéndose grave — estudiadamente ante el espejo — calóse el sombrero de copa, se embutió las manos en los guantes, lanzó al aire un suspiro — que él «fabricó» á su modo — y bajó ¡muy serio! la escalera del hotel.

Enriquillo habíase hecho el formal propósito de ser en adelante «D. Enrique.» ¡Así como sueña!

Ya en la calle, empezó á sentir en la inteligencia un cúmulo de dudas y una barbaridad de pensamientos; todos y todas barajados en ensalada, formando un *revolutum* entontecedor; bailoteándole en el magín un galop desenfrenado; porque nada hay que aturda tanto como una preocupación; hay que tener una firmeza de titán en el cerebro, como la tienen los filósofos, para poder jugar con los pensamientos saliéndose de la vulgaridad y del idiotismo sin ir á parar al manicomio.

Pero Enriquillo que, aunque con frecuencia se dejaba emborrachar por los amores y por el vino, jamás se dejaba emborrachar por las ideas, entró en la primera cervecería que encontró, pidió una chica de limón y se dijo:

— Pensemos despacio; el caso es arduo, ¡qué diantrel!

Y pensó.

— A ti te conviene, Enriquillo, se decía, una mujer de tu clase; relativamente aristocrática, relativamente rica. Una niña que pase á ser gran señora con el soberano aplomo de una princesa cuando opasa á ser emperatriz. Es menester que la hampa la endiose, que en el gran mundo vaya dejando estela, como los grandes luceros entre la plebe dorada de las estrellas chicas...

Se atusó, con gesto de complacencia, la guía derecha del bigote, y continuó su monólogo así de esta forma:

— ¿Y por qué no habría de ser mi esposa una honrada mujer del pueblo? ¿Qué falta me hacen á mí más pergaminos y más dinero, cuando de pergaminos puedo forrar los desvanes de mi hotel y de dinero puedo empedrar los senderos de mi jardín? ¡Oh, qué dulce encanto debe tener una mujer plebeya, una hembra hacendosa, que desdeñe las plumas y la seda, que no eche de menos lo superfluo, ese lujo que insulta, que es una bofetada pérenne estampada públicamente con guante blanco sobre el noble y sencillo semblante del pobre!

Y se atusó, con mayor complacencia que antes aún, la guía izquierda del bigote; y miró á la altura con desprecio, y volvió después la vista, con cariño, á la tierra humilde, al suelo, á las hendeduras del mosaico del pavimento, como si entre el polvo ruin del piso hubiese esperado encontrar el luminoso objeto de sus pesquisas mentales.

Luego hizo una larga pausa. Ya no pensaba en nada concreto; sin duda su magín, no muy repleto de luces, se había cansado de trabajar, de forjar cábalas y de resolver problemas. Sin embargo — ¡oh, una idea fija puede mucho! — al poco rato volvió de nuevo á su tema, trató de orientar sus pensamientos y caviló así, esta vez con mayor gravedad que nunca:

— ¡Qué ingrato soy en mis reflexiones; qué poco galante! ¿Pues no me olvidaba de la clase media, de esa heroica clase media que por guardar la dignidad del exterior inmola el interior?.. ¡Qué admirable es esa gente, de pudor espartano, de regio decoro, de misterioso y plebeyo trato! Es la sublime aleación de los diamantes y de los guijarros; del hierro y del

oro; de las crisantemas y de las amapolas... Sus hombres, como los girondinos ante la muerte, levantan con orgullo la frente ante el hambre; sus mujeres, como María Antonieta en la capilla, miran por cima del hombro á sus verdugos.

Y esta vez Enriquillo, con muchísima mayor complacencia que las dos veces anteriores, se atusó la mosca nerviosamente.

Cuando salió del establecimiento, Enriquillo tenía ya formado su plan de conducta.

Por la noche, en el casino, invitó para el día siguiente en su casa á sus amigos íntimos de todas edades.

— Os daré un *lunch*; será una pequeña fiesta para hombres solos. Habrá su miaja de orgía; porque es — y se estiró con gravedad los puños de la camisa — mi última calaverada de soltero.

Hubo una carcajada general que duró cinco mi-

Madrid con rumbo á Francia, el gran teatro del amor, del placer y de la juventud.

— ¡A vivir, sí, á vivir!, se dijo mirando por última vez, á través del cristal del coche, su querido Madrid que se alejaba. ¡Adiós, pueblecillo, adiós! ¡Me llaman los amores; me voy á su nido solemnel..

El tren se perdió en las sombras.

Llegó á los boulevares, vió, gastó, escogió y triunfó.

Llevaba el propósito de husmear amores de todos matices y lo consiguió; en todo un año vivió en pleno París toda una juventud, y en los palacios, en las buhardillas y en los pisos terceros de las casas modestas, dejó como Juan Tenorio la huella de su osadía; libó besos dulces de todas las cosechas y se guardó el muestrario en el magín.

La alta aristocracia le abrió su pórtico de oro y lo recibió en triunfo bajo su peristilo de flores; la clase media le mimó como á un gatito de Angola;

— ¡Oh, á veces también la roca tosca es inexpugnable!

A los tres meses Enrique estaba enamorado de la honrada obrerita lo mismo que un colegial cualquiera. Ella ignoró siempre la fortuna y calidad de su novio.

En un día de otoño, yendo juntos por el Bosque, ella sintió frío y tosió. Escupió sangre.

— ¡Dios mío!

Lloraron juntos. El la consolaba con sus cariños; pero inútilmente.

Aquello fué una tisis galopante. El invierno, helador y horrible, acabó con ella.

Una mañana de nieve apareció muerta en su cama: ¡como un pajarito!

Enrique adelgazó: la pena le consumía. Se puso luto en el sombrero y gasa en el corazón. Renunció á las fiestas, al mundo y... un día, ante el espejo,



PLANCHA EN RELIEVE REGALADA AL EXCMO. SR. D. JUAN DE MORALES Y SERRANO, SUBGOBERNADOR DEL BANCO DE ESPAÑA, POR LOS EMPLEADOS DEL MISMO ESTABLECIMIENTO. Obra de Agustín Querol

nutos. En esto Enriquillo, viendo que sus contertulios no acababan de reir, dió media vuelta amoscado y los dejó con la alegría en la boca.

Y esto fué lo único que dijo al salir cuando bajaba en el ascensor:

— ¡Habrás simples?..

Al día siguiente, veinte amigos y veinte hermosas mujeres del mundo galante ocupaban el hotel de Enriquillo.

La juventud, la risa y el amor rebosaban por las ventanas.

Silbó el tren. Baho como gasas salió por los caños de resuello de la máquina; recrujir de herrajes sonó con estrépito bajo la nave del andén, y lentamente, como una serpiente cuando se despierta, salió el ferrocarril al campo, atronando en la noche con su silbo medroso y reflejando en las sombras, con el reverbero rojo de su retina, una galopante luminaria triste.

Y reclinado sobre la colchoneta del *slipin*, fumando y abstraído en sus reflexiones, salió Enrique de

la plebe, de blusa limpia, le hizo el homenaje de amor que era indicado de él, joven burgués lleno de risas y de monedas. Y en todas partes Enrique halló fácil la pasión; en crudo: ¡oh, París era impúdico como una heteral Azahar que él veía, se agostaba; Margarita que caía en sus manos, era al poco tiempo una margarita rota.

El oro y la virtud están riñendo en el mundo, constantemente, una batalla campal.

Pero el oro es la fuerza bruta; la dinamita de los idilios. Un cheque es una cédula de deshonor; la moneda tizna.

Un día, como un estudiantillo de tantos, se plantó Enrique en un merendero de las afueras. Vió una griseta que era un cromo; tenía en los ojos el imán de las grandes pasiones del alma.

Enrique entabló amistad con ella, que iba acompañada de sus padres, dos honrados sastres de portal. Bailó con ella, la requirió... y al final de la tarde quedaron citados para el siguiente.

Enrique hizo los imposibles por rendir aquella fortaleza; pero le fué imposible.

vió con horror en sus sienes la primera cana. ¡Oh!..

Por aturdirse y olvidar fué á Montecarlo y se arruinó. La fiebre de la tisis que se llevó al sepulcro á su amada, la tenía él en las venas también. Un día lo advirtió y empezó á sonreír con tristeza.

— El verdadero amor, el amor honesto, está visto, asesina.

Vino á poco el último grado de la tisis, empezaron los vómitos de sangre y... los médicos dejaron de recetarle. ¿Para qué?

Fué á París: al cementerio. Con el último luis había comprado violetas. Las depositó en el nicho de su virgen.

Y á la mañana siguiente, el guarda del campo santo descubrió sobre la nieve el cuerpo del romántico: tenía una sonrisa helada en los labios.

El mismo día recibieron en Madrid los amigos del joven una carta:

«Enriquillo es ya feliz — decía. — Se ha desposado esta noche. ¡Con el ensueño!»

FRANCISCO DE LA ESCALERA.

MADAME LOUBET

La digna esposa del Presidente de la República Francesa no busca los honores, sino que los soporta, y podría adoptar como divisa la abnegación y la bondad. Las personas que la rodean saben que nadie con tanto empeño como ella procuró disuadir á M. Loubet de que aceptara la presidencia de la República; pero cuando el presidente creyó que era su deber aceptar, en 18 de febrero de 1899, la primera magistratura de su país en tan difíciles momentos, Mme. Loubet fué en el Elíseo lo que debía ser, lo que antes había sido en el palacio del Senado y en el ministerio del Interior, la colaboradora valerosa y abnegada de su esposo, en todos los asuntos ajenos á la política; la compañera que considera como su deber principal hacer amar á aquel cuyo nombre lleva.

En 1869, la joven, guapa y graciosa señorita María Picard se casó con su compatriota Emilio Loubet, á quien había conquistado con su gracia y con su ingenio: de este matrimonio han nacido la encantadora señora de Soubeyran de Saint-Prix, Pablo Loubet, abogado, y un precioso niño de nueve años, Emilio, que es la alegría y la dicha de sus padres.

Al lado de la antigua aristocracia y de la nobleza del Imperio, se ha creado en Francia, por la voluntad de la nación, un nuevo núcleo escogido que tan bien representan las familias Carnot, Casimiro Perier, Deschanel, Loubet, etc.

Mme. Loubet no quiere saber nada de la política, y cediendo á los impulsos de su alma generosa, dedica toda su actividad á las obras caritativas y patrióticas, á las cuales consagra su alta solicitud.

Apenas instalada en el Elíseo, otorga su protección á la Sociedad de Damas Francesas de la Cruz Roja, que la nombra presidenta de honor, y algunos días después preside la Unión de Mujeres de Francia.

Mme. Loubet ha visitado todas las casas de expósitos y todos los dispensarios fundados en Francia en estos últimos años, y en todas las visitas de caridad, en las cuales deja algo de su corazón, deja también discretamente un generoso óbolo que aliviará muchos infortunios. Mme. Loubet es la madre bondadosa que ampara siempre á los pobres niños.

Si el presidente de la República se ha conquistado el respeto de todos por su energía, por su cortesía y por su rectitud, la gracia sonriente de madame Loubet se ha atraído á todos los corazones; y es porque nadie ignora que no hay en Francia una sola obra de beneficencia que haya recurrido en vano á su extremada bondad. El día de Año nuevo hace distribuir numerosos socorros entre las viudas cargadas de familia.

Con exquisita finura y con toda la autoridad de la más experta dueña de casa, recibió á los soberanos extranjeros que fueron á

Francia para asistir á la última exposición Universal de París; el rey de Suecia, el de Grecia, el de Bélgi-

ca gustaban de conversar con Mme. Loubet, y lo mismo que todos los grandes personajes que han estado en el Elíseo, quedaron encantados de sus relevantes prendas. Citaremos entre otras personalidades

to francés. Mientras duraron aquellas fiestas, fué objeto de las más delicadas atenciones por parte del tsar y de la tsarina: ésta y Mme. Loubet habían sabido encontrar un tema agradable de conversación y de inteligencia: la virtud familiar que ambas saben practicar tan bien, puesto que ambas son esposas y madres modelos, y bien puede afirmarse que esposas y madres felices.

Los habitantes de Compiègne regalaron á la esposa del jefe del Estado, en memoria de su presencia en el palacio con motivo de la estancia del emperador y de la emperatriz, una magnífica bandeja de plata con la siguiente inscripción: «A madame Loubet. Recuerdo de los 18, 19, 20 y 21 de septiembre de 1901.»

En la función de gala de Compiègne, en donde se lucieron hermosísimos trajes, Mme. Loubet llevaba con gran distinción un bellissimo vestido de baile de brocado blanco, con falda bordada de lentejuelas de oro y grandes rosas de tejido de oro, y cuerpo ricamente cubierto con verdadero encaje de Alenzón. Aquel traje llamó la atención de un modo extraordinario y le sentaba admirablemente.

Mme. Loubet no es indiferente, ni mucho menos, á las letras y á las artes; por el contrario, gústale acompañar al Presidente á los Salones y á los talleres de los artistas franceses. Recientemente ha visitado la exposición de las Mujeres Artistas, en donde fué recibida por la duquesa de Uzés y en donde se habló mucho de su excelente retrato expuesto en el Salón y pintado por Juan Patricot, que reproducimos en esta página.

La presidenta de la República, que tan bien sabe hablar con las personas mayores, sabe también ponerse al alcance de los niños, y todas las criaturas que frecuentan el Elíseo se acuerdan del *bonhomme Noel* que desde 1899 les distribuye con tanta prodigalidad juguetes y dulces.

Las invitaciones para los bailes, reuniones, recepciones y *garden party* de Mme. Loubet son muy solicitadas. ¿Quién no recuerda las brillantes fiestas dadas en la presidencia, en las que se vió desfilar tantas personalidades ilustres de todos los países?

Cuando el presidente, guiando un elegante faetón, da su cotidiano paseo por el Bosque de Bolonia, si no le acompaña su esposa puede encontrarse á ésta en compañía de su hija Mme. Soubeyran de Saint-

Prix, y de las señoras Combarien y Poulet, haciendo visitas ó acudiendo á casa de su modista.

Mme. Loubet, ante todo madre de familia, es también feminista: en noviembre de 1901 asistía á la boda de una de sus compatriotas y servía de testigo en las dos ceremonias civil y religiosa.

Cada año, el príncipe de Aremberg, presidente del Jockey-Club, ofrece su brazo á madame Loubet para llevarla á la tribuna de honor, el día de las carreras del gran premio de París; á su derecha se sientan las embajadoras, la marquesa de El Muni, la princesa Radolin, la condesa Tornielli, la princesa Oullieres, Deschanel, Waldeck-Rousseau, etc.

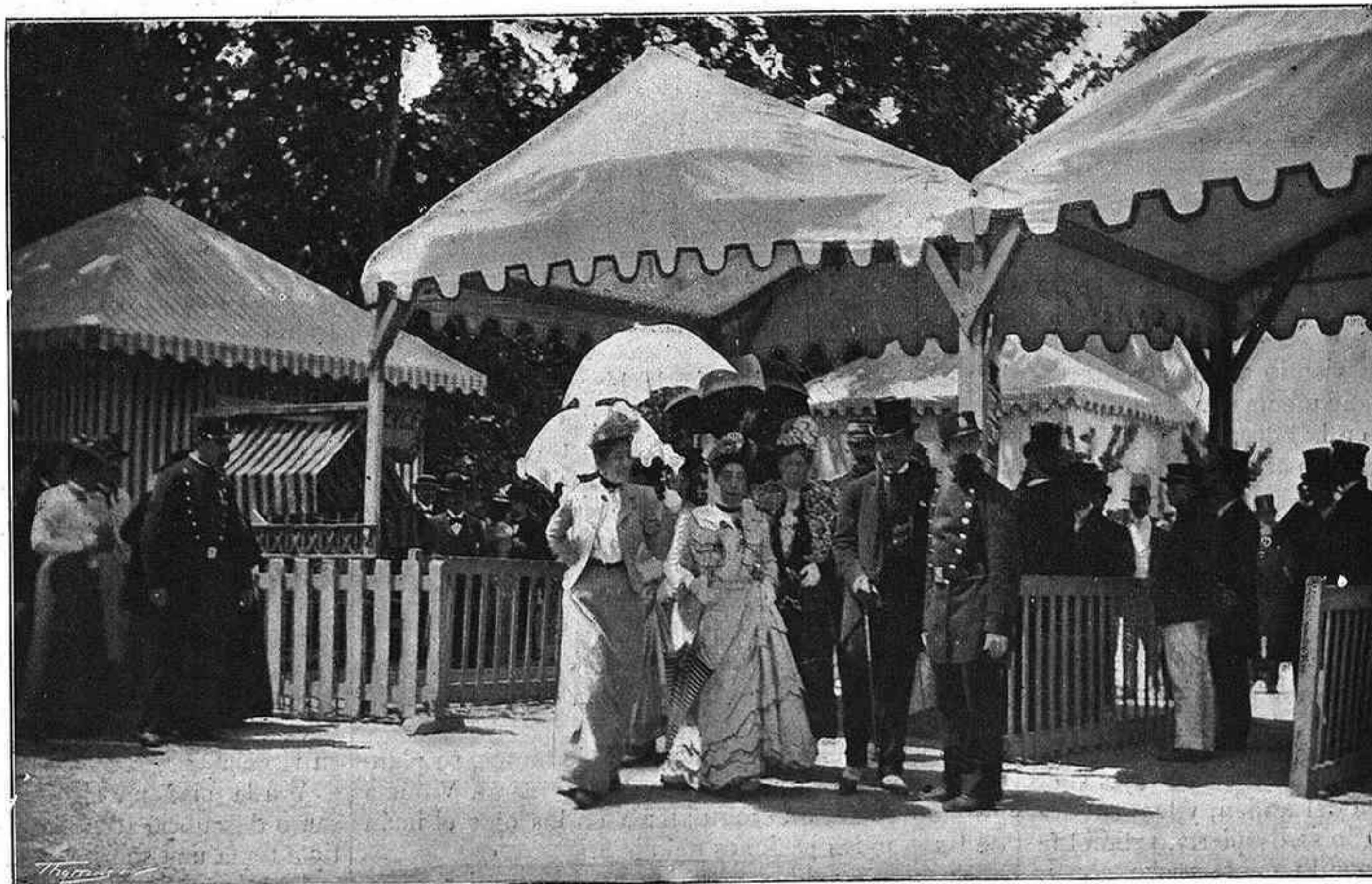


MME. LOUBET, retrato pintado por Juan Patricot

al bey de Túnez, al virrey de Egipto, al shah de Persia, al rey de Siam, etc.

Todavía me parece verla durante las fiestas franco-rusas dirigirse, con su rostro dulce y expresivo,

Cuando el presidente, guiando un elegante faetón, da su cotidiano paseo por el Bosque de Bolonia, si no le acompaña su esposa puede encontrarse á ésta en compañía de su hija Mme. Soubeyran de Saint-



MME. LOUBET, esposa del Presidente de la República Francesa, acompañada de las Sras. Combarien y Poulet visitando las Obras de Caridad (de fotografía)

del brazo del emperador de Rusia, al almuerzo de Betheny después de la inolvidable revista del ejérci-

rossoff, etc., y á su izquierda las señoras de Fai-

lillieres, Deschanel, Waldeck-Rousseau, etc.

Mme. Loubet no deja nunca de acompañar al presidente de la República en las diversas manifestaciones en favor del ejército francés, viéndosela en todas las fiestas militares, en el baile de los alumnos de Saint-Cyr, en el de los politécnicos y en todas las revistas.

En resumen, madame Loubet es tal como ha de ser la esposa de un jefe de Estado en una gran sociedad democrática, y dejará en el palacio del Elíseo el recuerdo de su bondad y de sus caritativos sentimientos.

LEÓN BONET.

EL SUFRAGIO UNIVERSAL
EN SUIZA

Mientras en Francia se verificaban recientemente las elecciones generales que tan enormes esfuerzos han costado y á tan reñidas luchas han dado lugar, esfuerzos y luchas que, por otra parte, constituyen la característica del sufragio universal en la casi totalidad de los pueblos que lo tienen establecido, el pueblo suizo procedía silenciosamente, con una calma metódica, á manifestaciones electorales, bastante más importantes para la Confederación Helvética.

En efecto, hace poco que se han reunido las *Landesgemeinde*, ó sean las asambleas generales de cada uno de los veintidós cantones, para proceder, no sólo á la elección de los miembros del poder legislativo, de los representantes del ejecutivo y de los funcionarios públicos, sino que también para discutir y admitir el presupuesto anual del Estado y para elaborar ó modificar leyes. Y esta labor considerable, en la que preside la más absoluta serenidad, se realizó en unas pocas horas.

La *Landesgemeinde*, rodeada de mayor ó menor

ceremonial, comienza en todas partes con una plegeria invocando la protección del Todopoderoso, después de la cual las autoridades suben al estrado que sirve de tribuna y los asistentes se descubren.

mano se ve obligado, por no existir salón capaz para contenerlo, á deliberar el día señalado, lo mismo si llueve que si hace sol, al aire libre, se preguntarán algunos cómo puede oírse la voz de los oradores y cómo semejante asamblea puede estatuir con pleno conocimiento sobre asuntos á veces complejos y arduos, y por qué procedimiento práctico y expeditivo se cuentan los votos.

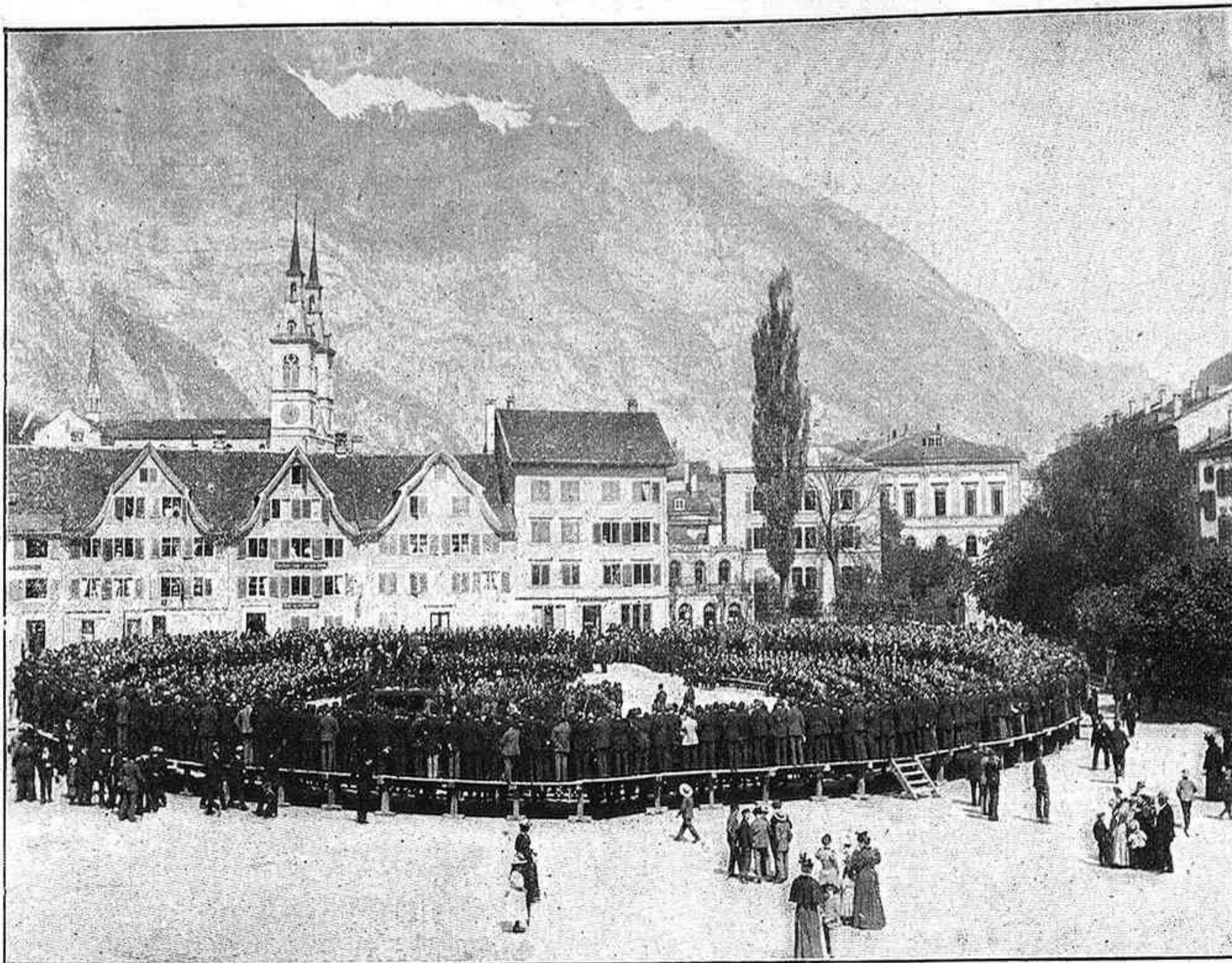
A estas dudas contestaremos que la *Landesgemeinde* no discute propiamente, sino que rechaza ó ratifica las proposiciones que le presentan: todo lo que se somete al pueblo reunido aquel día ha sido previamente examinado y discutido por la prensa de los diferentes partidos y en reuniones públicas celebradas en las municipalidades, en los distritos ó en la capital.

La votación se verifica por el sistema de manos levantadas, y varios peritos de los distintos partidos son los encargados de apreciar si hay mayoría: los casos dudosos son muy raros. En Appenzel, en donde estos casos se han presentado algunas

veces, se hace pasar por dos diferentes puertas de la iglesia á los que votan afirmativa ó negativamente, contándose su número á medida que pasan.

En dos ó tres cantones, como en Glaris, los niños asisten á la *Landesgemeinde*, agrupados en el centro al pie de la tribuna; de este modo aprenden desde su más tierna edad grandes lecciones y pueden muy pronto identificarse con los principios de democracia directa que con tanto fervor han querido conservar los más antiguos cantones de Suiza.

Este sistema es una demostración elocuente de la sencillez de costumbres y de la perfecta educación política de aquel pueblo, que puede servir de modelo á otros que se precian de más adelantados. — X.



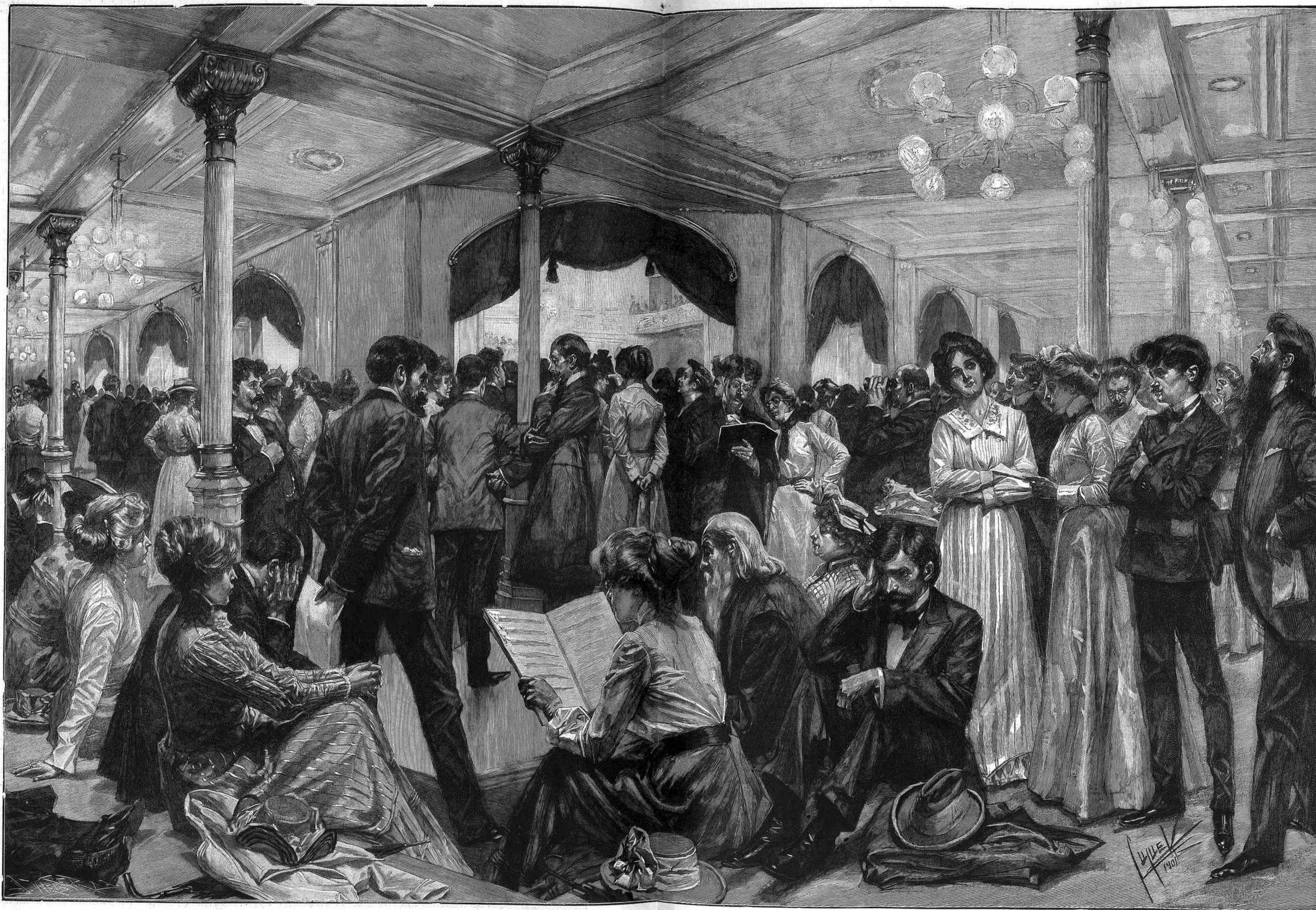
EL SUFRAGIO UNIVERSAL EN SUIZA. — «LANDESGEMEINDE» DE GLARIS (de fotografía de E. Jeanvenaud)

Los millares de ciudadanos presentes aprueban la gestión financiera y administrativa del Estado que les presentan las autoridades cuyo mandato ha llegado á su término, y luego proceden á las elecciones. Concluidas éstas se entra en la discusión de los proyectos de ley, desde los más anodinos hasta los que pueden traer consigo modificaciones constitucionales, y por último los elegidos del pueblo y el pueblo mismo prestan juramento de fidelidad á la Constitución.

La *Landesgemeinde* de Appenzel, que se celebra en Trogen ó en Hundwyl, es la más importante de todas, y á ella asisten anualmente diez ó doce mil ciudadanos. Teniendo en cuenta que este mar hu-



La playa de Cadaqués, cuadro de Eliseo Meifrén. (Exposición del Círculo Artístico.)



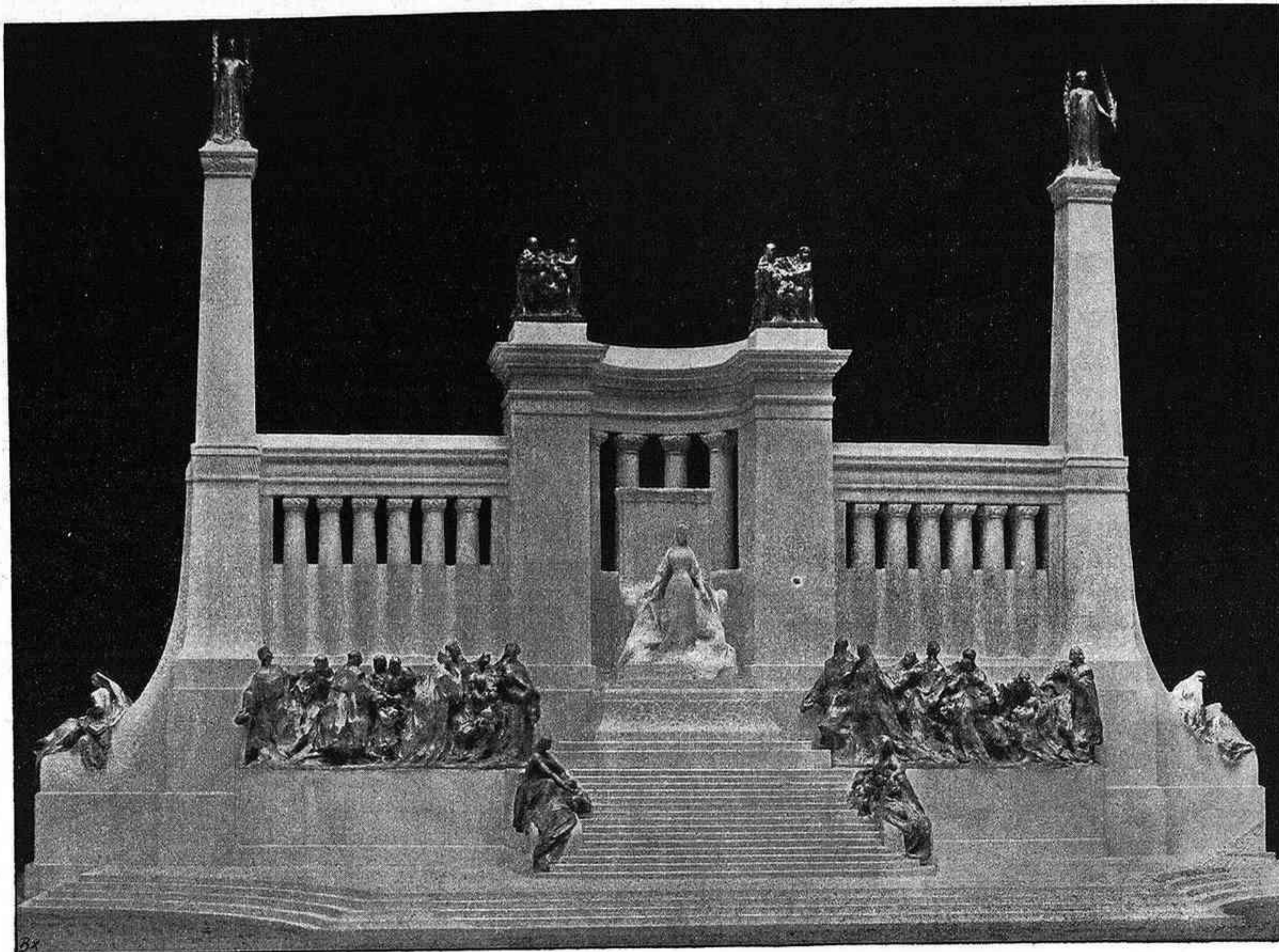
ESCENAS BERLINESAS.—UN CONCIERTO DE LA FILARMÓNICA DE BERLÍN. EL PÚBLICO DE LA GALERÍA, dibujo del natural de E. Cucuel

NUESTROS GRABADOS

Monumento á la emperatriz Isabel de Austria-Hungría, proyecto de Jorge Zala, Balint y Jambor.—El pueblo húngaro ha querido honrar la memoria de la que fué su reina erigiéndole un monumento nacional en

caras del fondo y laterales, y alcanzando su composición la altura misma del capitel y plinto superior, sobre el que aparecen las figuras de Bolognesi y de sus compañeros More, Ugarte, Inclán, Zavala, Blondel y Vargas. La actitud de Bolognesi, principalísima figura del gran grupo, es aquella en que, entregado al sacrificio y teniendo como única idea la salvación del honor patrio, muere sosteniendo su bandera. Sobre el capitel

las perfecciones los que él estima deslices ó defectos de interpretación ó de ejecución; allí el músico incipiente que aprende lecciones prácticas; allí el pensador que pretende ahondar en lo más profundo de la obra musical desentrañando las más recónditas ideas que en ella pusiera el autor; allí, finalmente, esa masa de simples aficionados que, sin curarse de la técnica ni de la filosofía de la música, va á deleitarse escuchando las



MONUMENTO QUE HA DE ERIGIRSE EN BUDAPEST Á LA MEMORIA DE LA EMPERATRIZ ISABEL DE AUSTRIA-HUNGRÍA.
Proyecto de Jorge Zala (escultor) y Balint y Jambor (arquitectos) que obtuvo uno de los tres primeros premios en el primer concurso

Budapest, y á este efecto celebró un concurso entre artistas de Hungría. Diez y ocho proyectos se presentaron, pero ninguno fué aceptado en definitiva; sin embargo se otorgaron tres premios de 10.000 coronas y siete de 3.000 á otros tantos bocetos. Entre los primeros, figura el del famoso escultor Jorge Zala y de los arquitectos Balint y Jambor, que reproducimos en esta página. En él domina el elemento arquitectónico y está proyectado, no para el centro de la plaza de San Jorge de la citada capital, sino para ser levantado al borde de una colina. En él, la reina, cubierta con su manto de armiño, está representada en el momento en que se dispone á bajar del trono para presentarse á dos grupos numerosos de súbditos que le prestan acatamiento. Detrás de la estatua de la soberana hay una grandiosa columnata con varias figuras de ángeles.

En el bosque. — Playa de Cadaqués, cuadros de Eliseo Meifrén.—No es Eliseo Meifrén un artista novel. Hace algunos años que goza de reconocida notoriedad y su nombre figura entre el de aquellos pintores que honran al arte patrio. Quien conozca sus excepcionales aptitudes y su pasmosa facilidad para trasladar al lienzo las impresiones que la naturaleza en su espíritu produce, no se habrá sorprendido al examinar la gallarda exposición de sesenta hermosos cuadros que en su honor organizó el Círculo Artístico de esta ciudad, atento, con plausible acierto, á honrar á aquellos que han llegado, por medio del esfuerzo de su ingenio, á gozar de la general consideración. Mas aun así, justo es consignar que la exhibición á que nos referimos ha de estimarse como manifestación de poderosas energías y muestra elocuente de un espíritu de asimilación envidiable, pero culto y depurado por el dominio de la técnica, ya que los preciosos paisajes y notables estudios, admirablemente ejecutados, avalóranse, por ese algo que el artista ha aportado, el inmenso caudal de su soñadora fantasía, la delicadeza de un sentimiento que poetiza cuando interpreta, sin renunciar á la verdad que la naturaleza ofrece, pero que inteligentemente selecciona, presentando temas, tonos y matices que revelan vigor ó encantan y seducen por su poesía. Bien haya Meifrén por sus nobles empeños. Justos y merecidos estimamos los aplausos que se le han tributado, haciendo fervientes votos para que prosiga tan hermosa labor, en la seguridad de que ha de hallar en ella la recompensa á sus afanes y á su inteligencia.

Monumento á Bolognesi. — Plancha en relieve, obras de Agustín Querol.—Oportunamente dimos cuenta, en nuestra sección de Miscelánea, del nuevo triunfo obtenido por nuestro querido amigo y colaborador Sr. Querol que en reñidísimo concurso ha logrado el primer premio por su proyecto de monumento conmemorativo de la gloriosa defensa de la plaza de Arica y el heroico sacrificio del coronel don Francisco Bolognesi y de sus compañeros en junio de 1880. El proyecto premiado, que reproducimos en la página 332, consta de un plinto general escalonado, sobre el cual se alza una masa mural acolumnada cuadrilonga, envuelta por numerosísimas figuras agrupadas artísticamente y destacadas desde la línea inferior hacia el pedestal, yéndose á perder en relieve en las

del monumento, entrelazadas artísticamente y cubriéndole casi por completo, se ven las figuras de la fama y de la Gloria, y en las cuatro caras inferiores del friso, ocupando los respectivos centros del pedestal, se destacan en artísticos medallones orlados de guirnaldas los retratos de los compañeros de Bolognesi. Rematan la composición que envuelve el capitel las cariátides de Minerva, Hércules, Marte y Lar, que representan la Sabiduría, la Fuerza, el Valor y la Patria. Sobre la base del pedestal se levanta en noble actitud la estatua del Perú, y en el primer tercio de la escalinata se ven los atributos guerreros. La cara inferior presenta en su parte más baja la estatua de la Historia, inspirada por un genio, en bajo relieve, y más abajo una matrona que personifica la Guerra. El monumento, en su conjunto, es grandioso y de bellísimas líneas, y en todos sus detalles responde admirablemente al pensamiento que en la obra preside, y para que se comprenda su importancia bastará decir que para la ejecución del mismo se destina la cantidad de 18.000 libras esterlinas.

La otra obra de Querol que reproducimos es una bellísima plancha en relieve, en forma de hoja de puerta de arca de caudales, que sirve de tapa al álbum regalado por los empleados del Banco de España al Secretario general D. Juan de Morales, con ocasión de su ascenso á Subgobernador segundo: en el fondo se ve el edificio del Banco en Madrid, y en primer término las figuras del Trabajo, de la Banca, del Comercio y de la Industria, presididas por la Fortuna. En el marco hay dos medallones, á modo de visagras de la puerta, en que están representadas la Vigilancia y la Fuerza. En lo alto van el escudo de armas de España y la fecha del nombramiento del Sr. Morales.

Por ambas obras envía LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA sus más entusiastas parabienes al Sr. Querol.

Escenas berlinesas. Un concierto de la Filarmónica de Berlín, dibujo de E. Cucuel.—El pueblo alemán es quizás el pueblo músico por excelencia, no sólo por los grandes maestros que ha producido, sino que también por el entusiasmo que todas las clases sociales, desde la más aristocrática hasta la más humilde, sienten por el divino arte. Allí se rinde verdadero culto á la música, y el público acude á los conciertos con el mismo recogimiento y con la misma devoción que al templo, sin que nada distraiga su atención, sin que nada pueda sacarle de su arrobamiento. Uno de los centros musicales más importantes de Alemania es Berlín, y en Berlín la institución más notable es sin disputa la Filarmónica, que actualmente dirige el eminente maestro Nikisch. El espectáculo que ofrece uno de los conciertos de aquella Sociedad está admirablemente reproducido en el dibujo tomado del natural que en el presente número publicamos. ¡Qué diversidad de caracteres se aprecian en esta obra! ¡Qué variedad de sensaciones revelan aquellos rostros y aquellas actitudes! Allí se ve al anciano que conoce al dedillo la historia de la música moderna, cuyo desenvolvimiento ha ido siguiendo paso á paso; allí está el técnico que aprecia en sus menores detalles las bellezas y las dificultades de las piezas que se ejecutan; allí el crítico que se satura de impresiones que al otro día aparecerán traducidas en letras de molde en algún gran periódico; allí el censor que con la partitura en la mano va anotando más que

grandes creaciones de ilustres maestros, y se abandona á la emoción estética sin reservas, sin restricciones, sin cálculos, por propio impulso, por esa fuerza irresistible que la belleza ejerce sobre los corazones que de veras sienten. Todo esto vemos en el dibujo de Cucuel, que nos da idea acabada de lo que es una de esas solemnidades artísticas en la capital de Alemania.

Bestias de carga, cuadro de Andrés Solá y Vidal.—A título de respetuoso homenaje á la memoria del que fué inteligente artista y culto escritor Andrés Solá y Vidal, reproducimos en estas páginas una de sus más bellas y sugestivas composiciones, que tan favorables juicios mereció de la crítica en la Exposición Nacional de 1901, obteniendo la debida recompensa. El lienzo á que nos referimos, es indudablemente una de las obras que más enaltecen á su autor, ya que así por el concepto que entraña como por el procedimiento y escuela, se armoniza con las corrientes que informan el arte moderno y singularmente con el de nuestra región. Andrés Vidal formó parte del grupo ruralista, debido sin duda á la delicadeza de su espíritu y al medio en que vivía, en cuyo género logró distinguirse. Cúponos la suerte de contarnos en el número de sus amigos, pudiendo apreciar sus estimables cualidades y las circunstancias que en él concurrían. De ahí que aplaudamos la iniciativa del Círculo Artístico al organizar una Exposición de sus obras, y que por nuestra parte no titubemos en rendir al que fué amigo querido un recuerdo cariñoso y el testimonio de nuestra respetuosa consideración.

Bellas Artes. — BARCELONA. — La sociedad «Art y Patria» ha inaugurado en los salones del Ateneo Barcelonés la segunda exposición de cuadros y esculturas, en la que figuran notables lienzos de Ramón Casas, Meifrén, Bori, Urgellés, Ros y Güell, Tomás Sans, Junyent, Baixeras, Roig y Soler, Ciervo, Viver, Buxareu, Bonis y Antonia Farreras, y esculturas de Piquet, Cabanes, Carreras, González, Molina, Reverter y Enrique Soler.

Salón París. — Se han expuesto últimamente los originales de los carteles premiados en el gran concurso celebrado en Buenos Aires por D. Manuel Malagrida para anunciar los cigarrillos París de su fabricación. Como oportunamente nos ocupamos del concurso y de las obras recompensadas, nos limitaremos á felicitar una vez más al Sr. Malagrida y á agradecerle que haya concedido á nuestra capital la preferencia para dar á conocer dichos originales.

Teatros. — Barcelona. — Se han estrenado con buen éxito en Romea *Sol ixent*, drama en cuatro actos de D. José Pous y Pagés, y *Una modelo*, comedia en un acto de D. Manuel Rovira y Serra. En Novedades ha dado tres representaciones la notable actriz japonesa Sada Yacco, habiendo obtenido muchos aplausos. En el propio teatro la Filarmónica ha dado un concierto bajo la dirección del eminente maestro Weingartner, á quien se tributó una ovación entusiasta. En el teatro Principal es ha verificado un concierto por el notable pianista Enrique Granados, quien hizo gala, una vez más, de sus talentos como ejecutante y como compositor.

LA DOTE DE PASCUALINA

(AU COIN D' UNE DOT)

NOVELA DE LEÓN DE TINSEAU. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

- La anemia les impide ladrar. Espere usted. Tampoco ladrará usted cuando haya pasado aquí dos años.

Pero, como decía Jumonville, lo más terrible del día... era la noche.

Apenas acostado sobre su colchón delgado y durísimo de fibras de coco, rendido de fatiga, Candiac se dormía. Al cabo de una hora abría los ojos, despertado por un fresquito que parecía excesivo á veces, después de la abrasadora temperatura del día. Se levantaba entonces para coger una manta, procuraba dormir otra vez, dormía en efecto una media hora, despertaba de nuevo, con la sensación de lo inexorable que da el insomnio nervioso. Sin luchar más, encendía un quinqué para leer; pero su cerebro fatigado se negaba á seguir el sentido de las frases, Su libro le irritaba, como un hablador obstinado que dirige la palabra á un compañero deseoso de silencio. Apagaba la luz. Pero sus nervios no se calmaban con la obscuridad.

Entonces su cerebro sufría una invasión de tristes pensamientos. Veíase muerto, víctima de la fiebre. Se empeñaba en adivinar en qué punto del pantanoso bosque iban á cavar su tumba. Y franqueando el espacio, volvía á verse en la casa lujosa de su tío, en Nueva York, donde daba gusto trabajar, daba gusto comer y daba gusto - esto, sobre todo, le ponía fufioso - daba gusto meterse en cama.

¿No era una locura haber sacrificado todo aquello á la ilusión sentimental del amor á su país? ¿Qué había ganado con ser un buen francés, con prestar el servicio de las armas, que tantos otros eluden ó acortan? ¿No tenía razón, después de todo, su tío cuando le decía: «En mi vida he visto hombre más loco que tú?»

La proximidad del día le hacía caer en un embotamiento que, al menos, le impedía pensar. A la hora de levantarse, se encontraba más quebrantado de cuerpo que la víspera. Y comprendía, como se lo había explicado Jumonville, «por qué no ladraban los perros.»

Afortunadamente la goleta hacía sus viajes con bastante regularidad. Todos los meses, á poca diferencia, traía los periódicos de Francia y una carta para Candiac. Jumonville no recibía ninguna jamás. Hay que decir, de paso, que este personaje misterioso no había dado á su compañero la explicación detallada de su presencia en las márgenes del Rokelle. Candiac, por su parte, no decía de quién eran las cartas que recibía. Sin embargo, no eran cartas de amor. He aquí una, para muestra:

«El Building adelanta; mi padre es el hombre más feliz del mundo, y sobre todo el más satisfecho de sí mismo. Está en la convicción de haber dotado á París de una cosa que le faltaba. En el fondo, creo que le extraña que no hayan copiado todavía sus planos. Pero voy viendo que, en nuestro país, están antes por lo bonito que por lo cómodo. En América

se acepta sin discusión una cosa fea, si de ella resulta alguna comodidad. Creo que por uno y otro lado se exagera.

»A decir verdad, estoy desanimada por la lentitud de mis progresos en el *afrancesamiento*. Mi padre sólo frecuente en su trato y relaciones con americanos, y yo no puedo meterme de cabeza, como tú, en lo desconocido francés haciéndome soldado. Mi

y que el caucho le sea tan provechoso como le eran las naranjas, cuando no se le ocurría hacerse *cow boy*.»

Candiac, en una carta del año siguiente, dió una gran noticia:

«¿Has empleado, por casualidad, tu acción en hacer fósforos? Me llaman á la residencia social. Parece que mi correspondencia ha revelado que yo era un hombre superior. Voy á ser un empleado de

importancia considerable, de esos que llevan levita y sombrero de copa, bastante rico para almorzar á franco cincuenta en los restaurants de precio fijo. Y quizá, puesto que eres mujer libre, te podré ver de vez en cuando, mi señorita hermana.

»De esto al título tan codiciado de millonario, hay todavía gran trecho. Sin embargo, á pesar de los pronósticos de tu padre, prosperamos. Esto depende, á mi ver, de que somos una Compañía francesa establecida en una colonia *no francesa*. Las personas graves se preguntan por qué fracasan nuestros colonos. Simplemente á causa de la administración de nuestras colonias, para la cual el colono es una fuente de dificultades y de disgustos. Se queja siempre, mientras que el indígena paga los impuestos sin chistar. De ahí que ciertos sátrapas coloniales tengan la extraña idea de que el colono es el enemigo.

»Dispénsame esta conferencia, y acuérdate de mí cuando co-

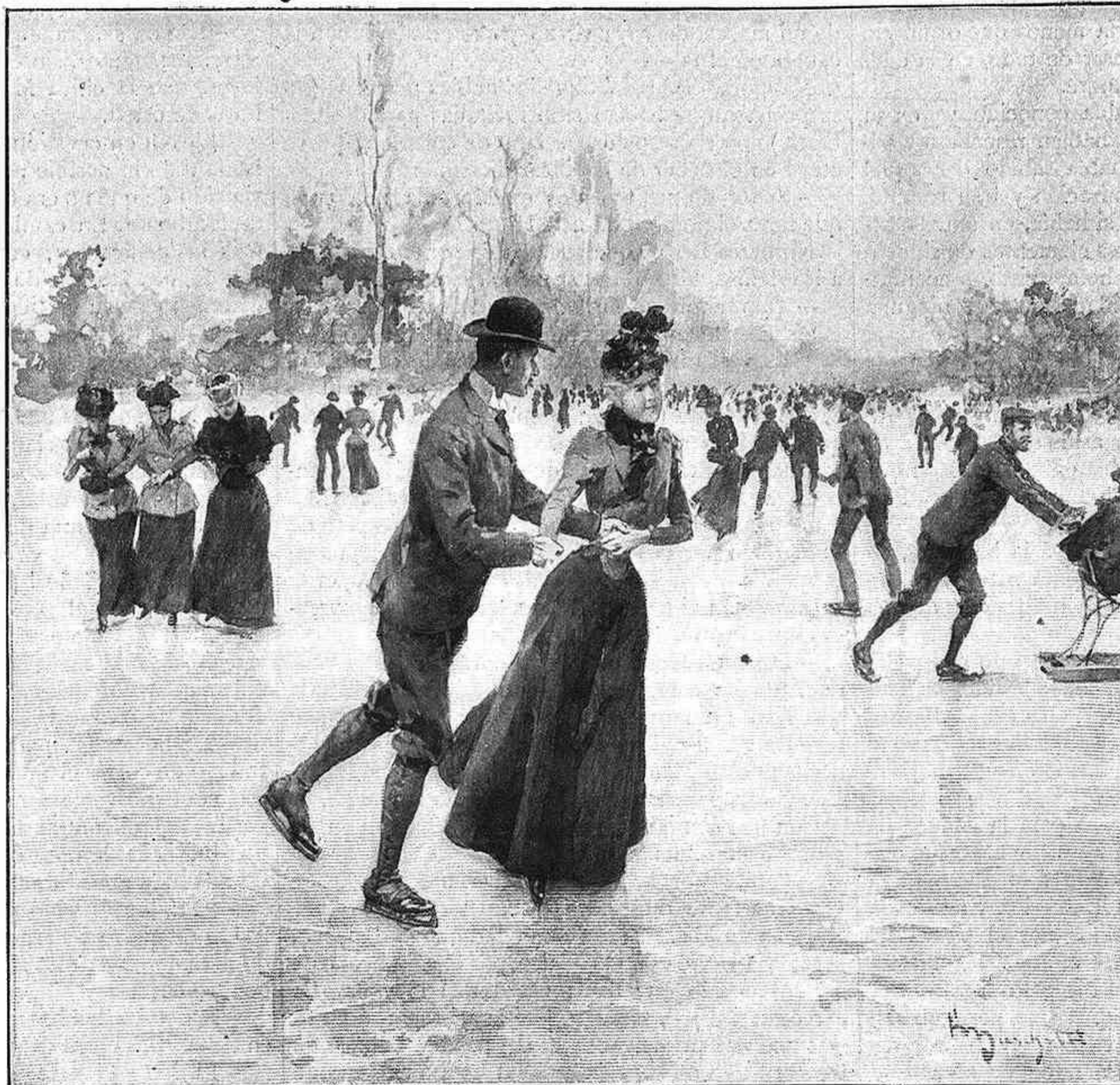
bres tu dividendo - y hasta un poco más á menudo.»

Algunas semanas después, Emilio Candiac se embarcó en la goleta del capitán mulato para desembarcar en Freetown, y de allí, trasladarse á Francia. Había permanecido poco menos de dos años en las márgenes del Rokelle. El correo interior había llevado á Pascualina la noticia de su partida. Su primo le decía al final de la carta:

«Si dispones de algunas horas de ocio y te divierte aún andar por París, ten la bondad de ver en qué barrio debo alojarme. Me encuentro en estado de tomar un pisito y vivir en «mi casa.» Instalación muy modesta, pero mucho aire y mucha luz; tal es mi programa. Viniendo del Ecuador, me sería imposible vivir en el fondo de un patio, en una calle estrecha; me moriría de tristeza y de fastidio. Me ahorrarías tiempo con un viajecito preliminar de descubierta. Bastante trabajo me costará encontrar el necesario para amueblar mi habitación. Ya ves que cuento con dos de las cualidades que reunes: la actividad de una yanqui y el cariño de una hermana.»

X

La instalación de los Bucilly en la casa de Maugrabín tuvo efecto hacia fines de febrero. Pero Beltrana había logrado presentar su hijo á Pascualina unas cuantas semanas antes. Justo es reconocer que, en aquella circunstancia, el señorito Carlos se portó bien. Habiendo ido con la intención de representar la comedia del flechazo, comprendió desde luego



Carlos y Pascualina patinaban

pobre Emilio, eso no te será nunca perdonado. Mi padre parece haberse olvidado hasta de tu nombre. Cuando no puede evitarlo, confiesa que tenía un sobrino que se ha extraviado. ¡Ay, Dios, si supiese que yo te escribo!

»Sin embargo, me repite veinte veces al día que soy una «mujer libre» y no una «esclava,» como todas estas jóvenes parisienses privadas del derecho de salir solas, desde el momento que su padre es bastante rico para pagar una vigilante que las acompañe. Yo no podría soportarla, y mucho menos el no poder escribir al hombre á quien quiero como á un hermano, que gana su vida, solo, en una región maldita de Dios y de los hombres. Mi deber, si no fuese mi gusto, sería animarte y distraerte. ¿Qué mejor uso podría yo hacer de mi libertad?

»Me temo que mis cartas te distraigan poco. Las tuyas, por el contrario, son para mí en extremo interesantes. Los éxitos de tu empresa me llenan de alegría el corazón. No has querido recibir nunca un céntimo de «tu hermana,» pero no podías impedirme que hiciese lo que acabo de hacer, que es comprar una acción de la Compañía francesa de caucho. He querido que puedas decir que trabajas también para mí. ¿No te alegras de ello? ¡Ay, si pudiese hacer regresar echando mi acción al fuego..., qué pronto ardería!

»Mi padre, que no sabe aún dónde paras, se ha reído mucho de la colocación de mi dinero, que califica de desdichada. Porque, según él, ninguna Compañía francesa ha prosperado en las colonias, de cincuenta años á esta parte. Deseo que se equivoque

que se las había con una muchacha inteligente, y que lo más seguro era no representar comedia alguna, al menos en aquella primera entrevista. Su falta, si falta cometió, fué tratar á Pascualina como perteneciente á la categoría de las americanas de exportación, única que se conoce en Francia, ó casi la única. Ella misma tuvo cuidado de pararle los pies cuando se desviaba, demostrándole que era tan francesa, en el fondo, como puede serlo una mujer.

— Entiéndalo usted bien, le dijo en la primera entrevista; soy como un barco cuyo casco, construído en nuestro país, no ha recibido más que la arboladura y su velamen en otro.

— ¿Y dónde toma usted el capitán?, preguntó Carlos, resuelto sin embargo á no perder el tiempo.

— Eso es un secreto de Dios, contestó Pascualina sin hacer hincapié.

A partir de aquel encuentro, se vieron con frecuencia, y simpatizaron mutuamente, por más que pueda parecer extraño. A Carlos le gustó «aquella chica» porque no era gazmoña; y á ella le divertía el muchacho, entre otras cosas, porque le enseñaba un refinamiento de galantería menos que ordinario en él, pero que estaba, á pesar de todo, en la educación y en la masa de la sangre.

Los jóvenes que ella había conocido, ya en su país natal, ya en Francia, la habían respetado y admirado siempre; ninguno había sabido dar aquel aristocrático sabor á su admiración y á su respeto. Otra se hubiera preguntado si había, en aquella actitud de Carlos, considerables elementos de sinceridad. Pero Pascualina, como hemos visto, preconizaba la confianza, y esta cualidad, más que ninguna otra, suele hallar correspondencia.

La señora de Bucilly parecía haber adoptado á la hija de su casero. Se las veía á menudo juntas. Hubo aquel invierno días propicios para los patinadores; Beltrana mostróse asidua en llevar á su pupila al Club, al cual se habían abonado. Mientras la madre se calentaba á los braseros, Carlos y Pascualina patinaban.

En cuanto á presentar á nadie á la heredera, no había que pensarlo. Pero ella, gran patinadora, no trataba más que de divertirse, sin intención alguna de crearse una corte.

Si los jóvenes que miraban de reojo á aquella «extranjera» hubiesen podido adivinar que sus patines costaban quinientos francos, en casa de Barney and Berry, de Nueva York, no hubieran dejado al pollo Bucilly continuar su galanteo tan tranquilamente.

El día escogido por Beltrana para la comida de que ya se ha hecho mención, Pascualina, acompañada de su padre, bajó de su sexto piso. Iba vestida como una novia de la estación anterior, y adornada con los diamantes reproducidos por el pincel del «Sr. Carolus.» Afortunadamente, aquella «muestra exterior de la riqueza,» como dicen los legisladores modernos, no podía ser evaluada sino por convidados nada peligrosos para las esperanzas de Carlos.

Esta vez las presentaciones pudieron efectuarse impunemente; pero fueron algo complicadas, pues la mayor parte de las personas presentes no se conocían; así es que la temperatura del Club de Patinadores hubiera parecido tórrida al lado del frío que reinó al principio de la reunión.

Popinot detestaba á Beltrana casi tanto como ésta detestaba, en el fondo, á Norberto Leroy; pero estos dos hombres no estaban allí para su propia satisfacción.

El viejo duque y su esposa habían ido simplemente para comer.

Esta pareja, de nombre ilustre, se había reducido poco menos que á la miseria á fin de que su heredero, simple oficial de caballería, pudiese casarse «sin desmerecer.» Opulenta bajo la antigua monarquía, muy empobrecida bajo la regencia por la disipación y el juego, arruinada algo más tarde por la Ley de los Sospechosos, esta familia luchaba, desde hacía un siglo, con las necesidades, soportando la carga de un castillo feudal, sin haberse querido agarrar jamás á la boya salvadora de un matrimonio desigual.

Para viejos hombros, todas las cargas parecen más pesadas, empezando por la de las privaciones. La venerable pareja comía, pues, de buena gana en casa ajena, utilizada por ciertas señoras como histórico adorno de mesa. De ahí, una resignación á las promiscuidades que ponía en los labios del viejo duque, poco favorecido por Dios en punto á inteligencia, una perpetua sonrisa de cortesía dolorosa.

La duquesa, que había sido muy fea siempre, parecía comprender aún con más amargura su decadencia; para soportarla, se apoyaba en los alientos de la Fe.

«¡Dios mío, os lo ofrezco!» era una oración jacu-

latoria que la duquesa repetía, no siempre en voz bastante baja, varias veces al día, después de haberla repetido varias veces durante la noche, según murmuraban malas lenguas, en la época en que su marido, de quien estaba locamente enamorada, se olvidaba de retirarse á las horas canónicas. Indulgente y buena, se mostraba severa para un solo crimen: la infidelidad conyugal; y sobre todo, claro está, para la de su marido.

Sabe Dios que no tenía necesidad de salir de su clase para encontrar maridos infieles, pues el duque, sin duda como excusa retrospectiva, la tenía al corriente de todos los gatuperios de sus parientes y amigos capaces de infringir el mandamiento. Pero nunca había podido contar el menor pecado venial de Codoero; razón por la cual la duquesa tenía en alto aprecio á Bucilly.

Carlos se divertía mucho con la aristocrática pareja. Sin embargo, la duquesa le trataba con una afabilidad que podría parecer extraña, si no la explicásemos. Un día, la noble dama había oído decir á Carlos, hablando de ella: «Es la sola mujer, además de mi madre, de cuya virtud yo respondería con la cabeza en el tajo.»

Maugrabin saludó á aquellas nobles personas (no sospechaba que habían sido invitadas para deslumbrarle) con un respeto mezclado de emoción, que se creyó en el deber de justificar diciendo:

— Señor duque, tenemos en Marsella una calle que lleva el nombre de usted.

Norberto Leroy, que gustaba de poner en aprieto á los demás, hizo observar maliciosamente:

— También tienen ustedes la calle de Gambetta. Sin desconcertarse, el hombre contestó:

— Es verdad; pero no he encontrado el nombre de Gambetta en los muros de Nueva Orleans, ni de San Luis, ni de Quebec; mientras que el señor duque podría leer allí el suyo.

Esta réplica bastó para que el marsellés se granjearse las simpatías de la aristocrática pareja, y Beltrana consideró de buen augurio aquel respeto de Maugrabin por la nobleza. Algo más tarde, ya sentados á la mesa, los comensales volvieron á traer la conversación al mismo terreno. Norberto la emprendió nuevamente con el marsellés:

— Decían que era usted gran admirador de América. ¿Puede usted conciliar esa admiración con la que hace un momento mostró por la aristocracia?

— La gente del pueblo es aficionada á las leyendas, contestó Maugrabin; y entre las leyendas humanas, la aristocracia es una de las más magníficas.

Con una sonrisa más amarga que nunca, el duque protestó suavemente:

— Pero, señor, la aristocracia es una realidad, á veces bastante dura para los aristócratas. Mi bisabuelo y su hija, de la misma edad que la de usted, perdieron la vida en el cadalso, por el sólo hecho de pertenecer á lo que llama usted una leyenda. ¿Le parecería á usted, señorita, que la aristocracia no es más que una palabra vana, si esa palabra hubiese de separar luego de sus hombros esa bonita cabeza que tan bien parece encontrarse en ellos?

Pascualina contestó:

— El Cristianismo es también una leyenda, en el sentido que mi padre da á esta expresión. Quiere decir: un ideal. Con la diferencia que separa la tierra del cielo, me alegro de ser cristiana y me hubiera alegrado de ser noble. Toda corona es envidiable, por el solo hecho de ser una corona.

Ante esta profesión de fe, Norberto Leroy y Carlos cambiaron una mirada, á la que respondió la de Beltrana. Desgraciadamente la satisfacción de los tres conspiradores fué al instante echada á perder por Maugrabin, que no había terminado con el duque.

— Si usted quiere, continuó, que la aristocracia sea una realidad, es decir, una raza particular, tengo derecho á discutir su conservación. La raza blanca es también una raza superior. Pero si hay en mí una gota de sangre negra, no soy ya un blanco tal como lo define la etnología; ¿no es verdad, doctor?

Popinot, con un movimiento de su voluminosa cabeza, se excusó de mantenerse fuera de aquel candente terreno.

— Yo, dijo con una sonrisa de buen humor, soy un negro de origen, puesto que mis abuelos manejaban el arado. Lo que me consuela es que el autor de los *Mosqueteros* era un mulato.

— He oído decir que no se consolaba de serlo, continuó Maugrabin sin perder el hilo de su razonamiento. Una gota de sangre plebeya basta también, si hemos de ser consecuentes, para poner fin al carácter de selección de una raza de nobles. El mestizo del pergamino y del costal continúa vistiéndose, hablando y pensando como aristócrata. Sin embargo, ha cesado de ser de una raza completamente distinta de la mía. ¿Tengo razón, señor duque?

— Quizá, admitió el viejo; pero ¿dónde quiere usted venir á parar?

— A esto: ¿cuántas son nuestras familias nobles que nunca se han malcasado?

— Conozco, al menos, una, caballero.

— Supongamos que sean ciento. Entonces mi admiración por la raza de usted se convierte en algo como el respeto de los antiguos griegos por los semidiosos. Cubrían de flores sus estatuas, pero tenían raramente la ocasión de encontrarlas de carne y hueso. Por esto me permití decir que la aristocracia era una leyenda.

Norberto Leroy, vecino de la duquesa, le murmuró esta crítica:

— Nos han engañado. Este hombre no viene de América, sino de las márgenes del Danubio. «Los Inmortales, conductores de su lengua,» no le han dado el tacto.

— Caballero, contestó la santa mujer, oiga usted un versículo de la *Imitación* en cambio de su verso de La Fontaine: «¡No deis valor alguno á esa sombra que llaman un gran nombre!»

— Eso es, señora, en boca de usted, una hermosa frase. Esperemos, sin embargo, en interés de cierto joven, que la chica Maugrabin no abunde en las ideas de usted.

El joven en cuestión, al otro extremo de la mesa, hacía todo lo posible por divertir á Pascualina, convencido de que no era fácil turbarla, y mucho menos deslumbrarla. En cambio, se divertía con las cosas más insignificantes, como una niña, riéndose en grande, olvidándose de la duquesa, de los millones paternos y de su vestido nuevo, dibujado el día antes en casa de la modista por el corresponsal de un periódico de Nueva York.

— Hay que confesar, dijo entre dos carcajadas, que á los franceses nadie les gana á divertidos.

— ¿De veras?, exclamó Carlos. ¿Como si se nos aventajase en algo en este mundo!

— Nada debe igualar, para el corazón de un buen patriota, á la dulzura de semejante convicción. ¿Ha viajado usted?

— ¿Viajado? ¡Señor! ¡Cómo se ve que no conoce usted á mi familia!

— Pues no viaje usted nunca, y conservará la convicción de que nuestro país no sólo es el primero del mundo, lo cual es ya bastante halagador, sino el único, lo cual es tranquilizador.

— De buena fe, ¿para qué había de tomarme el trabajo de correr el mundo? Todo lo bueno y bello que contiene viene á mí. ¿He tenido necesidad de viajar para encontrar en mi presencia los ojos de una brasileña, la boca de una griega, el cutis de una irlandesa, la gracia de una parisiense?

— ¡Oh!, interrumpió riendo; gracias por haberme traído de nuevo á Francia, el país de los galanteos, donde una mujer está siempre segura de oírse decir bonitas cosas.

— ¿Querrá usted hacerme creer que nunca las oyó en América, el país del *flirt*?

— El *flirt* y el galanteo son dos cosas muy distintas.

— Hágame usted el favor de darme una buena definición del *flirt*. A decir verdad, no sabemos con exactitud lo que esta palabra significa, aunque siempre la tenemos en los labios.

Después de una corta reflexión, contestó Pascualina:

— Si no me equivoco, el *flirt* es una esgrima, más ó menos interesante según los adversarios, en que éstos no tienen una intención determinada de inferir grandes heridas. Entre *flirt* y *florete*, como usted ve, hay mucha analogía.

— Me parece que lo que usted define es el *flirt* americano.

— A mi juicio, el *flirt* es imposible en Francia. He creído observar que los floretes se convierten aquí muy pronto en espadas puntiagudas. Entonces ya no es *flirt*. Al francés le gusta ver brotar un poco de sangre, ó acariciar, al menos, la idea de que brotará tal vez. Si está seguro de lo contrario, el asalto no le interesa.

— Apenas llegada á Francia, nos conoce usted ya muy bien.

— Por amigas que allí tengo y que, á su regreso de este país, me iniciaron en sus costumbres.

— Me parece que esas amigas son jueces severos para nosotros.

— ¿Habrá que dar á usted la comunión sin confesarle?

— Confíeseme tanto como quiera; no deseo otra cosa.

— ¿Sabe usted, siquiera, el catecismo? ¿Cuántos dioses hay?

— En la tierra uno solo: la mujer que amamos.

— Ese Dios no es eterno.

- A veces sería el primero en encontrar la eternidad un poco larga.
 - ¡Cómo se ve que es usted pagano!
 - Espero un misionero.
 - ¡Vamos! No está mal. Practica usted la prosa del *flirt* sin saberlo.

- Molière no pretendió jamás que las bonitas marquesas sean las únicas que tienen bonitos ojos.

Dos horas después, Norberto Leroy decía á Carlos, llevándose en su cupé hacia las regiones menos austeras de un baile, en el barrio Monceau:

- Han hablado ustedes como dos cotorras, usted y esa chica. ¿Cómo van los negocios?

- Me divierto.
 - Demasiado, á lo que vi. Hubiera preferido verle á usted más sentimental, es decir, menos ingenioso.

- No comprende usted mi táctica. Ligerero y locuaz al principio, para volverme luego cohibido y taciturno. Eso la sorprende y quiere averiguar el motivo. Yo me niego á contestar. Pero el mejor día la ardiente verdad brota de mis labios como una lava. ¿Quiere amor sentimental? Lo tendrá; esté usted tranquilo.

- O mucho me engaño, ó con su sentimentalismo hace falta que le dé usted otra cosa; un título nobiliario. El de señora de Bucilly es algo mezquino para esa admiradora de «todas las coronas.» Hable usted de esto á su madre. ¡Condesa de Bucilly!.. Esto vendría como anillo al dedo.

- Esos anillos cuestan caros.
 - Mucho menos desde que la política escatima el Dinero de San Pedro. De todos modos, sería dinero bien empleado.

Carlos nada contestó. Pensaba: «¿Este consejero va á ofrecerme acaso la cantidad necesaria para *condificarme*?»

Pero Norberto Leroy no estaba en edad de cambiar de costumbres. Se contentó con insistir nuevamente sobre la importancia del título.

- Le halagaría aún más á Maugrabin que á su hija. ¿No oyó usted su profesión de fe?

- Hablaré de esto á mi madre, dijo Carlos. Pero presumo su objeción... Henos ya delante de la casa en que se baila. Gracias á mi amable conductor.

Entre el gentío, muy cosmopolita, Carlos encontró una «hermosa» de la Quinta Avenida, algo desatendida por él y por otros varios, desde que había corrido la voz de que el *papá*, en punto á dote, se reservaba una libertad preñada de peligros.

- Miss Maud, le dijo Carlos, ¿cómo define usted el *flirt*?

- ¿Para qué quiere usted saberlo?

- Para comparar. Estoy haciendo un nuevo diccionario.

- Pues véngase usted á Nueva York. Allí tengo mi pequeño *parlor* donde se puede hablar después de comer, hasta el momento en que *papá* quiere acostarse y manda apagar el gas. En París no se puede *flirtar*.

- Es lo que me habían dicho. En este caso, le doy

á usted cita en Nueva York, en el pequeño *parlor*. A un joven americano, afeitado como el Primer Cónsul, que encontraba á veces en su *bar* elegante, Carlos le preguntó:

- ¿Cómo se explica que miss Maud, con su pequeño *parlor* y su padre que manda apagar el gas, no se haya casado todavía?

consiste en la caza directa de la presa, y al cual se veía condenado.

Su madre, al día siguiente, le tranquilizó un poco refiriéndole estas palabras que Pascualina había pronunciado, mientras los hombres se hallaban en el salón de fumar:

«No me casaré nunca con un americano.»

XI

Esta locución tan frecuente: «No sabe qué hacer de su dinero,» se aplicaba á Maugrabin en toda realidad, sobre todo desde que vivía en París, donde no conocía á nadie. No tenía vicios ni deseos, y ningún hombre hizo menos sacrificios al gusto de la ostentación. O al menos, satisfacía este gusto, á la americana, en la persona de su hija, que hubiera querido ver siempre ricamente ataviada, si ella no le hubiese llamado al orden.

El vestía con la mayor sencillez. Le gustaba ir á pie y se servía raramente del cupé que tenía alquilado por meses para Pascualina. La sociedad le aburría y no frecuentaba ningún salón, siguiendo en esto su costumbre de Nueva York. Era, en una palabra, el ser menos á propósito para gastar una gran fortuna, lo que causaba á Carlos Bucilly arrebatos interiores de violenta irritación. Desde las primeras entrevistas, el elegante joven mostróse asombrado del desdén que el «gran mundo» parecía inspirar al padre de tan simpática muchacha.

- ¡Cuando pienso, decía, que ni siquiera tiene usted palco en la Comedia Francesa!..

- De cada diez veces, nueve, la moral de las obras que allí se representan, disgustaría á Pascualina.

- ¿Y la Opera?

- Pascualina, acostumbrada á los artistas de la Opera de Nueva York, es muy difícil de contentar en materia de cantantes.

- En lugar de usted, tendría yo, al menos, un *mail*.

- En mi Building no hay cuadras, y es un engorro tener que cuidar de dos caballos.

- Sé quien se cuidaría de todo eso, sin molestia alguna para usted.

Pascualina, que estaba presente, declaró que le gustaría tener un *mail*.

- ¿Quién le va á guiar?, preguntó el padre.

Carlos se ofreció, modestamente, aunque con un placer intenso. Ya se veía paseándose cada mañana por el Bosque, con su futura al lado, en el pescante del *mail*.

- Precisamente, añadió el millonario, he leído esta mañana en la *Tribuna* que uno de mis amigos, arruinado, vende sus caballos. Tiene la mejor cuadra de Nueva York. Su *mail* era magnífico.

- ¿Haría usted traer un *mail* y cuatro caballos de Nueva York?

- ¿Por qué no? Y los hombres también. Vería usted cómo se hacen allí esas cosas.

- Carlos conocía al hombre á quien llamaba *in petto* su futuro suegro.

(Continuará)



- Señor duque, tenemos en Marsella una calle que lleva el nombre de usted

El compatriota de miss Maud guiñó el ojo, y después de hacer un gesto significativo, contestó arrastrando las palabras:

- El viejo es atroz, ¿sabe usted? Vengan regalos, y después, seguridad ninguna. Y la chica, muy extravagante para vestirse, ¿sabe usted?

- Yo creía que nunca se casaban ustedes por el dinero.

- No nos casamos nunca con una mujer *porque tiene dinero*, ¿sabe usted? Pero sucede que no nos casamos con ella *porque no lo tiene*. ¡Es singular cómo los franceses comprenden ustedes difícilmente nuestras costumbres! Vamos á tomar una copa, ¿quiere usted?

Carlos retiróse á su casa bastante desanimado, opinando que el viejo y excelente sistema de la entrevista previamente dispuesta, después que los notarios han trabajado á cual mejor, es mucho más cómodo que aquel método salvaje y primitivo, que

EL DR. BARTON Y SU BARCO AEREO

Entrevista con el inventor del nuevo barco aéreo inglés aprobado por el ministerio de la Guerra

El problema del barco aéreo se ha reducido ahora á una viva discusión entre el hombre del Brasil, el país de las nueces, y el hombre de Kent, donde aquéllas abundan también: el Sr. Santos Dumont y el Dr. Barton. Este último ha tenido el honor y la distinción de recibir del ministerio de la Guerra el pedido de una de sus máquinas, prueba suficiente de sus reconocidas ventajas. En breve comenzará la construcción del aparato, que debe concluirse antes de terminar el año.

Ultimamente visité al Dr. Barton en su residencia de Beckenham, y le encontré muy entusiasmado, como todos los inventores.

— ¿Pretende usted que su barco aéreo sea superior á todos los demás?, fué mi primera pregunta.

— Sí, contestó el doctor con énfasis, aunque no sin cierta reserva. No proclamo que sea perfecto, pues aún debo introducir en él algunas mejoras. Sin embargo, seguro estoy de que el barco aéreo del Sr. Santos-Dumont no tendrá nunca ningún valor práctico, por la sencilla razón de que no puede impedir la pérdida de gas, lo cual se consigue en mi máquina por medio de los aeroplanos, que obvian la necesidad de soltar aquél ó servirse del lastre. En resumen, la resolución del problema de la navegación aérea para los fines prácticos se obtendrá tan sólo cuando podamos dispensarnos del globo y no confiar más que en los aeroplanos. Esto se puede conseguir poco á poco, disminuyendo gradualmente la capacidad de aquél y aumentando el número de los segundos. Por este medio llegamos con seguridad á un conocimiento práctico de la fuerza y anomalías de los aeroplanos.

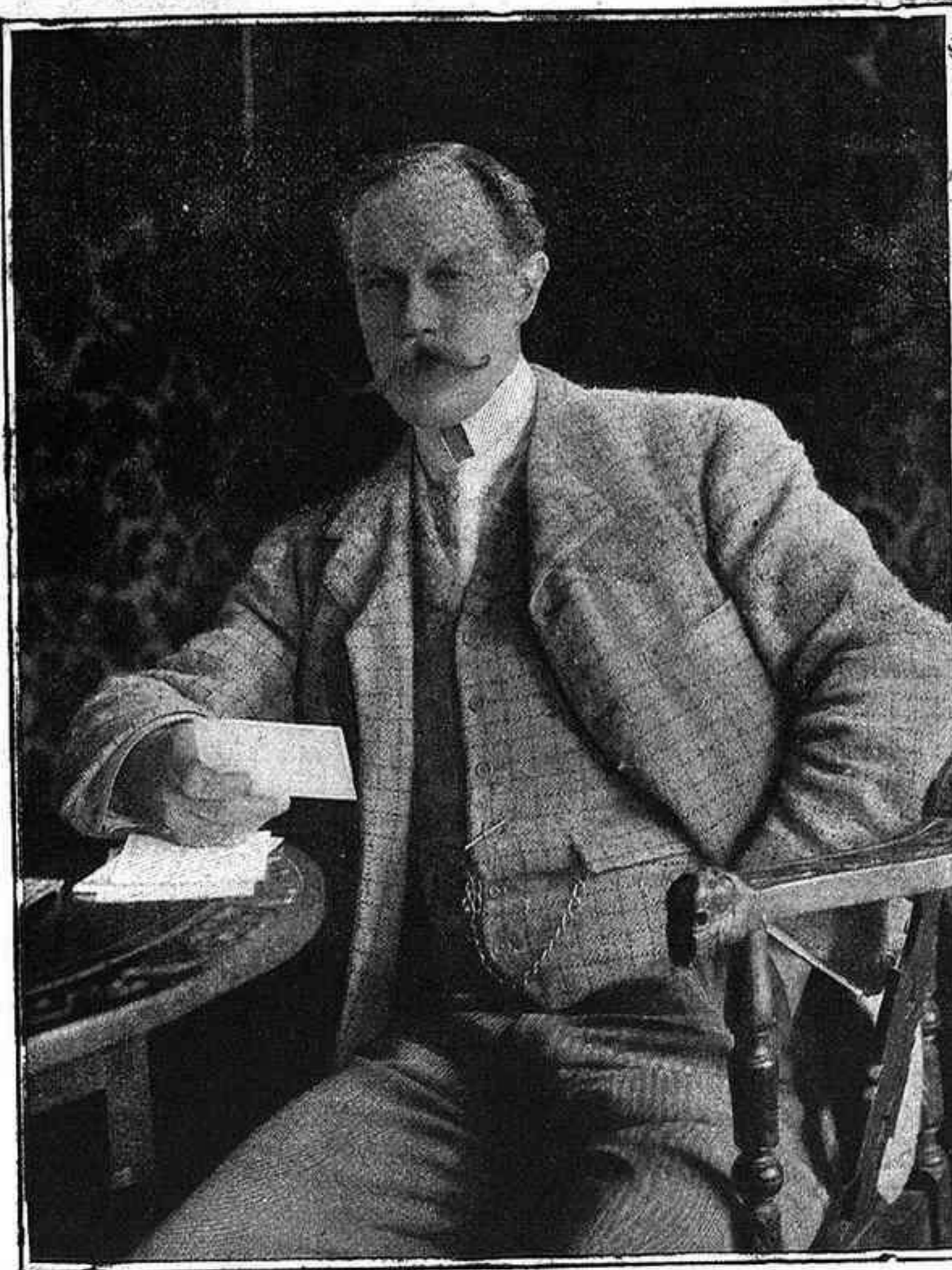
Suponiendo que no supiéramos nada del arte de nadar, al ver cómo lo ejecuta un pez, nos preguntaríamos por qué no ha de hacerlo el hombre del mismo modo. Si arrojamos á un individuo al agua, se hundirá, por supuesto; pero si fijamos una cuerda alrededor de su cuerpo y se le da un cinturón salvavidas, con el tiempo aprenderá á dispensarse de una cosa y otra; y lo mismo aprenderemos á prescindir del globo sin temor alguno.

— ¿Qué otras condiciones proclama usted como mejoras en su globo?

— Una red que se extiende desde una á otra extremidad, impidiendo que el globo se ponga en contacto con ningún metal situado debajo de él, y el depósito de agua á cada lado para conservar la máquina horizontal, por mucho movimiento que haya.

La «tripulación» se compone de cinco hombres, uno en cada uno de los tres motores, otro para el timón y un aeronauta. Podríamos mantenernos en el aire cuarenta y ocho horas, tiempo suficiente para recorrer gran distancia; bajaríamos para renovar el petróleo, y en marcha otra vez.

Oído esto, hice mención de la magnífica recompensa de Sir Hiram Maxim, consistente en 50.000 libras esterlinas para el mejor barco aéreo. El doctor



EL DR. BARTON, inventor del nuevo barco aéreo aprobado por el ministerio de la Guerra inglés

Barton no sabía nada de esto; pero me indicó su intención de enterarse.

— ¿Trata usted de entrar en competencia al premio Pearson de 4.000 libras?, le pregunté.

— No, contestó Mr. Barton, no estaría dispuesto aún; pero si no fuera así, no tendría inconveniente en habérmelas con el Sr. Santos-Dumont en un viaje á Edimburgo.

Tal vez alguno ofrezca otra recompensa á la cual pueda optar el Dr. Barton, en cual caso la lucha sería de gran interés. Al despedirme, el doctor me dijo:

— Esta misma tarde, en una conferencia, voy á presentar uno de mis modelos en el Real Instituto. — X.

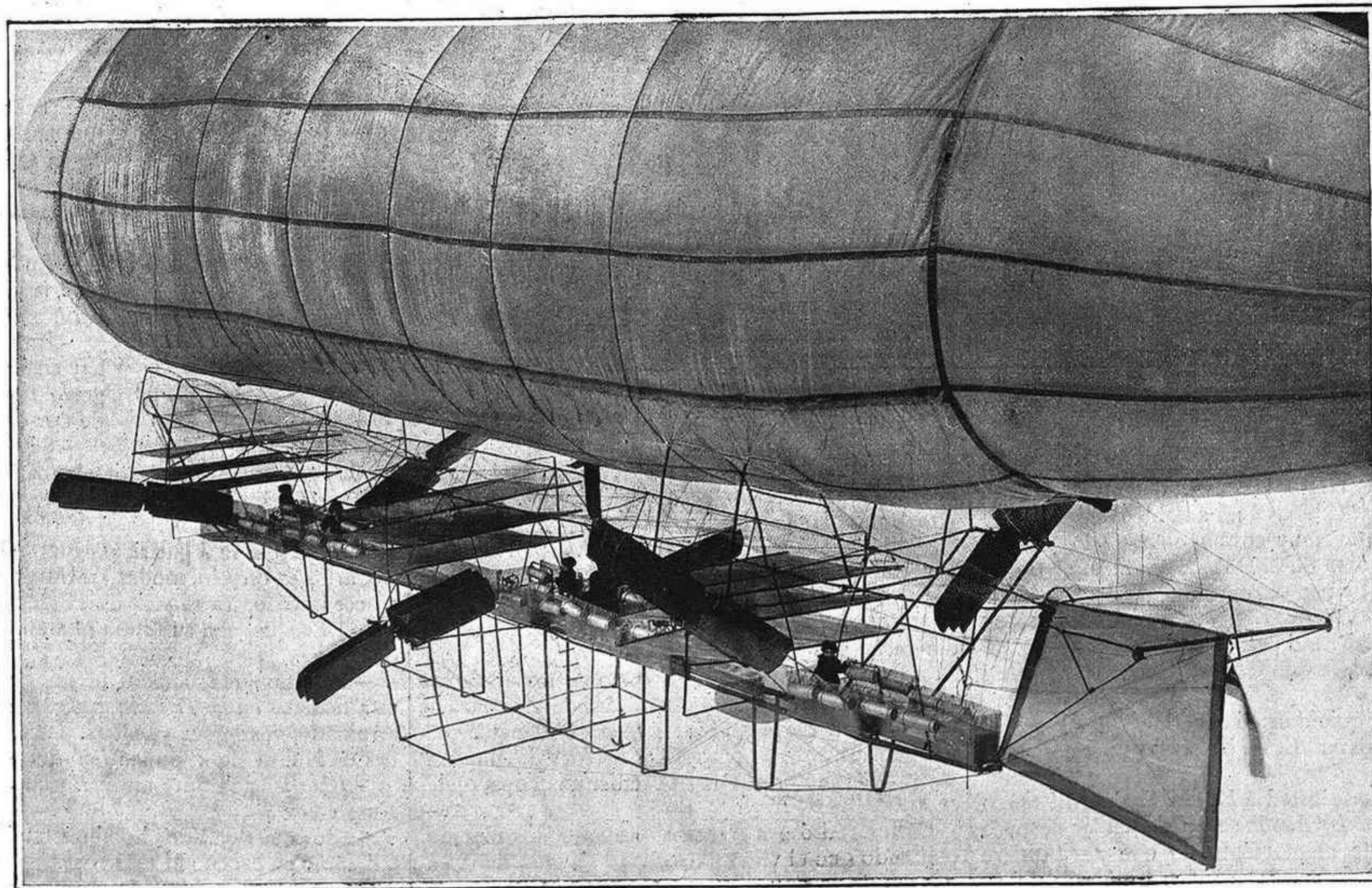
BOTÁNICA Y CREENCIAS

Las creencias populares, por extrañas que nos parezcan, se basan siempre en una observación exacta que luego la imaginación transforma hasta el punto de hacer desaparecer el origen. Remontar á éste no siempre es cosa fácil, y requiere conocimientos enciclopédicos muy vastos y una facundia deductiva digna de Edgardo Poé. Las dificultades de estos estudios hace que tengan muchos atractivos, pero son mucho más penosas de lo que *a priori* pudiera creerse; por esto merecen gratitud los sabios que, como Houssaye, Constantin, Layard, Fergusson y otros, se han esforzado en estos últimos tiempos en resolver ciertos puntos muy interesantes de la biología mitológica.

Es un hecho conocido que en muchísimas regiones se adora á ciertos árboles lo mismo que á un dios, presentándoles ofrendas de cigarros, pan y carne, cubriéndolos con trozos de tela y dirigiéndoles fervientes plegarias. Así encontramos árboles sagrados entre los ashantis, en el Dahomey, en el imperio de Burnú y hasta en Egipto, cerca del Cairo, en Persia, etc. En Francia los había también en el siglo IV en las inmediaciones de Auxerre y de Beauvais; y en 1262 todavía el concilio de Nantes condena á los que al culto de los árboles se consagran.

Los árboles sagrados pertenecen á los géneros más diversos, y no tienen, al parecer, relación alguna entre sí; pero examinándolos en detalle se acaba por descubrir en todos ellos notables particularidades, muy á propósito para herir la imaginación; particularidades, por otra parte, á menudo muy sencillas para los que se ocupan en historia natural, pero que asombran á los profanos. Entre ellas parece haber desempeñado un papel muy importante el parasitismo. El ejemplo más típico lo tenemos en el muérdago, adorado por los druidas. «A los ojos de los druidas, nada hay tan sagrado como el muérdago y el árbol que lo sustenta, si este árbol es un roble. El roble por sí mismo ya es el árbol con

que forman sus bosques sagrados, y no practican ceremonia alguna si no es bajo el follaje del mismo. Todo muérdago procedente del roble es considerado como un enviado del cielo; creen que es un signo de elección hecho al árbol por el mismo Dios. El muérdago del roble es en extremo raro, y cuando lo encuentran lo recogen con gran aparato. Ante todo, la recolección debe hacerse en el sexto día de la luna, día que es el comienzo de sus meses, de sus años y de sus siglos, que duran treinta años. El nombre que dan á esa planta significa remedio universal. Después de haber preparado, conforme á los ritos, varios sacrificios y un banquete, hace que se aproxi-



MODELO DEL BARCO AEREO DEL DR. BARTON

men dos toros de color blanco; un sacerdote vestido de blanco sube al árbol y con una podadera de oro corta el muérdago, que es recogido en una tela blanca, hecho lo cual se inmolan las víctimas, rogando á Dios que les dé el don que concede á aquellos á quienes lo otorga. Créese que el muérdago tomado en bebida da la fecundidad á todo animal estéril, y es un remedio contra los venenos.» (Gaidoz). De modo que, según se ve, lo que impresionaba la imaginación era encontrar el muérdago en el roble, en donde es tan raro, que algunos botánicos han negado, aunque sin razón, su existencia en tales condiciones, cuando su parasitismo en otros árboles es bien conocido; pero así como en éstos el hecho resultaba simplemente maravilloso, en el roble era sagrado, pues se creía que había sido puesto allí expresamente por una divinidad.

Si nos trasladamos ahora á la India, encontraremos como árbol sagrado la higuera de las pagodas, que ofrece un aspecto curiosísimo: de las ramas nacen raíces adventicias que descienden hacia el suelo, penetran en él y luego se transforman en columnas enormes que no sólo alimentan las ramas, sino que además las sostienen. Gracias á estas raíces, las ramas se extienden á lo lejos y dan origen á raíces nuevas, de manera que el tronco principal puede morir sin que el vegetal muera, y hasta puede éste extenderse sobre superficies considerables sostenido por millares de columnas, y entonces, como dice la leyenda indostana, parece un árbol «que no tiene principio ni fin,» que tiene sus raíces arriba y «sus ramas abajo,» y sobre el cual descansan todos los mundos. Estas singularidades, tratándose de espíritus sencillos, bastaron para hacer de la referida higuera un árbol sagrado. Sin embargo, tales singularidades no son las únicas, y si se tiene en cuenta la biología extraña de la higuera de las pagodas y de las especies afines, se verá que el parasitismo, por otra parte aparente, re-

presenta en ella un papel importante. «Puede suceder con frecuencia que las semillas de estos árboles broten sobre el suelo, en cual caso dan al principio un árbol perpendicular que no tarda en producir ramas horizontales, de las que muy pronto penden raíces adventicias; cuando se ha formado un gran número de éstas, el tronco original no tiene señalado papel muy importante, puesto que ya no sirve para sustentar ó nutrir al vegetal; pudiendo, por consiguiente, desaparecer sin gran inconveniente, quedando todo el árbol horizontal. Sin embargo, algunas veces el desarrollo no se opera de este modo, sino que las semillas son transportadas de un árbol á otro; en este caso, el modo de vida en la higuera se parece mucho al de un parásito; en realidad se trata de un epifito situado simplemente sobre la planta que lo sostiene, puesto que no penetra en el interior de los tejidos de ésta. No es raro en ciertas especies ver salir del embrión aéreo raíces que anastomosándose alrededor del tutor, dan al conjunto un aspecto singularísimo. Fenómenos de epifitismo análogos á los que acabamos de describir pueden observarse á veces en la higuera de las pagodas, y se concibe que asombraran á los pueblos primitivos, los cuales atribuían un sentido místico á todos los fenómenos naturales. La continuación del desarrollo de la planta está en relación con la extrañeza de sus comienzos: en efecto, al cabo de poco tiempo el brote llega á ser mayor que el vegetal que le sirve de apoyo y que no tarda en desaparecer, ahogado en medio del bosque engendrado por su hijo adoptivo. En estas condiciones casi puede confundirse este modo de vida con el parasitismo, y es muy probable que los antiguos observadores que fundaron las religiones no establecieran distinción entre ambos modos de existencia. Las semillas que han sido transportadas á un árbol pueden ser depositadas igualmente sobre una pared ó en un templo, y en este caso pa-

rece que la higuera nace de la pagoda. Así se explican las esculturas encontradas por M. Fergusson en Sanchi (India), en donde se encuentran restos muy antiguos del arte búdico, porque en ellas se ve el árbol divino cuyas ramas salen por las ventanas del edificio sagrado.» (J. Costantin). Por otra parte, en la India se obtiene la llama sagrada haciendo girar rápidamente por un movimiento de vaivén un palo de higuera en un agujero practicado en el centro de un trozo de madera de acacia, árbol sobre el cual la higuera vive en epifito. Y este hecho puede relacionarse con lo que decían Teofrasto y Séneca, de que el mejor árbol para obtener el fuego, porque se enciende más pronto, será una rama de hiedra con un trozo de laurel como taladro. Ahora bien: la hiedra parece ser también un parásito.

El parasitismo, el epifitismo, la vida lianoide han impresionado á los antiguos. Otros árboles, en cambio, les han seducido por otros caracteres: por ejemplo, el árbol del pan, divinizado en Oceanía, por los servicios alimenticios que presta; el árbol Wallecher por su aislamiento en las sabanas, y los árboles maravillosos de que se trata en las leyendas del Edén, del jardín de las Hespérides, del Eliseo, de las islas Afortunadas, de la isla Ogigia, de la última Thulé y de la tierra de Juvencio. Uno de ellos merece especial mención, el cecropia, que antiguamente representó un papel religioso en la América del Sur. El aspecto de este árbol no tiene nada de notable y su vida es de las más insignificantes, por lo menos cuando se le observa superficialmente; pero si se le agita, se ven salir de él verdaderos batallones de hormigas que vivían en el interior de la medula del tronco, en donde habían penetrado por orificios expresamente practicados con este objeto. Preciso es confesar que esta salida intempestiva de los insectos es muy á propósito para impresionar la imaginación.

ENRIQUE COUPIN.

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE P^o BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DEL BARRE DEL DR. DELABARRE

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 en BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT** DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL ANJOL DE LOS JORET-HONOLLE

CURA **LOS DOLORES, REÍARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS**

F^o G. SÉGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa FEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS PREGOCOS, EPLORESCENCIAS, ROJECES.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

LA SAGRADA BIBLIA
 EDICIÓN ILUSTRADA
 á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas

Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro Inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exigir el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro Inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exigir el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro Inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exigir el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

VINO NOURRY

ANEMIA, DEBILIDAD, LINFATISMO y ENFERMEDADES del PECHO

Por su sabor agradable y su eficacia en los casos de

Sustituye con ventaja á las Emulsiones y al Aceite de Hígado de Bacalao.

GLIN y COMAR, PARIS - y en todas las Farmacias.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 Rsales.

Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*; los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS y DROGUERIAS.



Bestias de carga, cuadro del malogrado pintor Andrés Solá Vidal. Exposición Nacional de Bellas Artes de 1901.)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE
al **Bromuro de Potasio**
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Especiones : J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris. -
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

APIOLINA CHAPOTEAUT

SALUD DE LAS SEÑORAS

(NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL)

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la salud de las Señoras.

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

Venta annual de los Productos Nestlé
39 millones de botes.

Harina Lacteada
NESTLÉ



ALIMENTO COMPLETO
para Niños y Viejos.
Contiene la Leche pura de Suiza.

Consumo diario de Leche: 184,000 Litros.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTAÑER Y SIMÓN